

SENDER POR SÍ MISMO

Francisco CARRASQUER LAUNED

Por el título puede adivinarse ya nuestra intención: definir al autor por sus propias definiciones. Como en la famosa serie de editorial parisiense *L'Auteur X par lui-même*. Así no hay engaño posible. Y aun suponiendo que fuésemos tan suspicaces o mal pensados como para no creer en la sinceridad escrita del autor, tratándose de un escritor, lo que nos interesa esencialmente es lo que nos ha dejado escrito. Por otra parte no tratamos aquí de hacer una biografía –que por cierto no falta en este monográfico y de la mayor competencia–, ni aún menos tenemos la intención de hacer sicoanálisis del autor Ramón J. Sender con carácter retroactivo.

Es verdad que de un autor como Sender se pueden sacar confesiones de todos sus libros, ¡con lo dado que es a reflexionar en voz alta! Pero hemos tenido que optar por tres o cuatro libros nada más para facilitar la posible confrontación de fuentes al lector y, de paso, nuestra tarea.¹ Por cierto que si hemos escogido *Monte Odina* como cantera rica en confesiones, no lo es menos un libro como *Álbum de radiografías secretas*, aunque muchas veces por vía indirecta, a través de sus radiografías o en boca de los mismos con las respectivas réplicas del autor, siempre jugosas y sugerentes.²

EL COMPROMISO EN SENDER

Para situar a Sender en lo político, se suele recurrir indefectiblemente a citar el prefacio «Para una cuestión previa» de su novela *Siete domingos rojos* y el «Prólogo» que abre su obra de casi 600 páginas *Los cinco libros de Ariadna*.

¹ Ni qué decir tiene que no se trata aquí de ser exhaustivos, sino de dar unas cuantas muestras del hombre Sender en su compromiso político, en su vida, en su obra y en su manera de pensar.

² Otra fuente sería el libro de aforismos, epigramas y ocurrencias al tuntún *Memorias bisiestas*, pero no es necesario.

Una previa: De buenas a primeras, ¿no habría de sorprendernos ese empeño de situar «lo político» en un novelista? No deja de ser un fenómeno curioso y creo que inusual, porque por lo regular no suele abordarse así a los novelistas. Sólo después de habernos cuestionado sobre escuela, estilo, temática, etc., se nos ocurre, a lo mejor, si es de izquierdas o de derechas o indiferente en política. Pero con Sender no. Lo primero que se quiere saber es cómo piensa en política, qué ideas tiene. Y, sin embargo, Sender no ejerció nunca de político ni ha militado siquiera en partido político alguno. ¿Por qué, pues, ese arremolinarse de intereses políticos que le ha perseguido en su vida en torno a su persona? ¿Será a su vez él mismo un *imán*, no de desgracias como su creatura Viance, sino de iras políticas aun sin querer serlo? Desde muy joven, cuando es detenido por republicano cuando es por entonces sólo antimonárquico, hasta muy viejo, cuando le puede la nostalgia y después de muchas dudas acaba por decidirse a dar una vuelta por España para probar, se le disparan a Sender siempre las presencias por el lado que quema; porque otros escritores tan importantes como un Américo Castro, un Max Aub, un Jorge Guillén, un Alejandro Casona y tantos y tantos otros, empezando por Ortega y Gasset y acabando por Miguel Altolaguirre, volvieron para estar de paso o quedarse y no levantaron la polvareda que levantó Sender (algo parecido le ocurrió a Josep Carner, pero en los círculos catalanistas radicales nada más, de mucho menor radio). Cuando más se evidencia ese raro fenómeno es con ocasión de que a su novela *En la vida de Ignacio Morel* se le concediera el premio Planeta de 1969, que le vale una andanada de improperios, desde «vendido al comercio editorial» hasta «aprovechado obstructor de los noveles, para quienes están más bien hechos los premios literarios»; pero no se les ha dicho nada a otros que pasan por izquierdistas y, entre ellos, al más destacado escritor comunista del momento. ¿Será porque su carácter tan profundamente comprometido, pero tan fieramente independiente, le ha procurado enemigos en todos los bandos políticos, por sentirse impotentes sus cabezas visibles para captarlo para su causa partidista? Dicho en general, así es; pero más específicamente hablando, el hecho es que, si no hubiera escrito tanto y tan duramente contra el comunismo estalinista, no habría levantado tantas ampollas entre los «colegas», quienes no por casualidad dominaban la escena literaria desde sus posiciones infiltradas de influencia «moscovitanda» —como neologiza Sender—.

Pues bien, vayamos a espigar, en primer lugar en el «Prefacio» ya aludido a *Siete domingos rojos*; y digo espigar por imperativos de brevedad, que por nuestro gusto este epígrafe «Para una cuestión previa» no tiene desperdicio, mas a falta de espacio-tiempo he aquí lo principal para nuestro objeto:³

³ Este prefacio de cuatro páginas no aparece en *Las Tres Sorores*, obra definitiva, para el autor, de la titulada en 1932 *Siete domingos rojos*. ¿Por qué ha prescindido Sender en esta refundición de aquellas palabras previas que iban al frente de *Siete domingos rojos*? Es de suponer que ha querido así «descomprometerse» de lo escrito en su juventud por tratarse de un compromiso demasiado explícito (pecado capital de todo creador de ficción, la explicitud). Y aun esto es

Desde el punto de vista político o social este libro no satisfará a nadie. Ya lo sé. Pero no se trata de hacer política ni de fijar aspectos de la lucha social ni mucho menos de señalar virtudes o errores. No busco una verdad útil –social, moral, política–, ni siquiera esa inofensiva verdad estética –siempre falsa y artificiosa– en torno a la cual se desorientan tantos jóvenes.

La única verdad –realidad– que busco a lo largo de estas páginas es la verdad humana que vive detrás de las convulsiones de un sector revolucionario español. Voy buscándola en la voz, en las pasiones de los personajes y en el aire y la luz que las rodea y con las que se identifican formando una atmósfera turbia o diáfana, lógica o incongruente.⁴

Pero quiero [...] Ayudar a los que no logren sacar de la evidencia de su impresión final, fórmulas concretas. A mi juicio el fenómeno anarcosindicalista obedece a una razón de supervitalidad de los individuos y de las masas. A la generosidad y exceso de sí mismos que a los hombres y a las sociedades demasiado vitales suele acompañarles.⁵

No perdamos de vista que estamos en 1932, tras la eclosión liberadora de la II República española, con el vocabulario propio de ese período, el más claro y al rojo blanco de la historia de España, en el que un término como el de «masas» no parece desentonar al lado del de «individuos». Lo que no se puede pasar por alto es la discriminación que encierra diagnosticar de «supervitalidad» a un solo sector de la población sindicalista, aunque el más importante, cuando el vocablo tiene una traducción bio-sociológica que no casa con el efecto socio-político que se le quiere atribuir. Y es discriminación porque no se tilda de lo mismo a los movimientos sindicalistas que constituyen las famosas «correas de transmisión» de los partidos socialista y comunista simultánea y alternativamente (según sea al principio o al fin de la República). Así resulta que, única y exclusivamente en los anarcosindicalistas se explica su actitud subversiva y su acción revolucionaria, aquí por supervitalidad y en otros autores marxistas o marxistoides por milenarismo (?), y no en otros sectores que se precian de ser partidarios de una revolución, pero que..., ¡joj!, van avalados por algún partido político, gracias a Dios.

Piensen los lectores en la enorme desproporción que hay entre lo que las masas revolucionarias españolas han dado y dan a lo largo de sus luchas y lo que han obtenido. Y entre la fuerza que tienen y la eficacia con que la emplean.⁶

lo de menos, más importante para nosotros es que Sender mutila sensiblemente nuestra historia literaria de la novela-testimonio al renunciar o repudiar aquella novela tan de la época y única en su testimonio que fue *Siete domingos rojos*, como ya hemos escrito en nuestro artículo «El derecho de autor frente al deber de enmienda», *La verdad de Ramón J. Sender*, Leiden-Tárrega, Ed. Cinca, 1982, pp. 49-58.

⁴ Ramón J. SENDER, *Siete domingos rojos*, Col. Balagué, Barcelona, 1932, pp. 5-6.

⁵ *Ibidem*, p. 7.

⁶ *Ibidem*, p. 7.

Gran verdad, a fe, que hace tiempo detectamos, y no sólo abarcando el limitado campo de la C.N.T. en los dos o tres quinquenios anteriores a nuestra guerra civil, sino repasando toda nuestra historia haciéndonos exclamar: «El pueblo español se ha sacrificado más que el promedio de los pueblos de Europa por conquistar justicia y libertad y, sin embargo, de su mayor sacrificio ha obtenido menor rendimiento o provecho para su existencia social y política en lo que a justicia y libertad respecta. ¿Por qué?».⁷ Y nuestra perentoria respuesta globalista sería: porque nuestro Pueblo ha vivido de espaldas a Madrid (Estado-Administración-Gobierno-Ejército-Clero-Capital) y ha vivido de espaldas porque entre Pueblo y Poder no ha habido más que un gran vacío que en otros países han podido llenar la burguesía o las clases medias, que en España han estado prácticamente ausentes. Pero, al mismo tiempo, al no estar nuestro pueblo *mediatizado* (clase *media* y *medios* de información masiva) se ha visto inspirado para dar un salto hacia adelante y se ha visto de pronto que lo daba en el vacío, por no haberle asistido, asesorado ni animado una intelectualidad desleal a pesar de haberse inspirado ésta en aquél seguramente más que ninguna otra *intelligentsia* del mundo. Y la necesidad de ese salto mortal es lo que no han sabido entender los intelectuales de la II República, ni antes ni después del lustro 1931-1936, excepto Sender, gran excepción, a pesar de todo, y que sólo por eso merece la adhesión de todos los que creemos en el pueblo español.

Detrás de esto puede haber muchas cosas pero hay por encima de todas –y es lo que a mí me interesa– una generosidad heroica a veces verdaderamente sublime.⁸

Perfecto. Siempre que se entienda que esa sublime generosidad no arranca de sucedáneos religiosos o supersticiosos, sino de una realidad insoportable, sublevante y de un realismo tan lúcido como el primero. Pero Sender aclara más:

Si alguien me dijera: «¿Cree usted en la existencia del fenómeno anarcosindicalista como un hecho trascendental de la política española?» Yo contestaría que sí y que ni hoy ni nunca podrá desconocerlo nadie. Si alguien finalmente me pidiera que concretara mi posición personal ante el anarcosindicalismo como tal hecho político yo volvería a lo de antes y exhibiría mi fórmula. Una fórmula apolítica: los seres demasiado ricos de humanidad sueñan con la libertad, el bien, la justicia, dándoles un alcance sentimental e individualista.⁹

⁷ «Compromiso de los escritores españoles», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 49-50, pp. 141-144.

⁸ Ramón J. SENDER, *Siete domingos rojos*, op. cit., p. 7.

⁹ *Ibidem*, pp. 7-8.

No será tan apolítica la fórmula cuando más adelante confiesa:

Con este bagaje un individuo puede aspirar al respeto y a la lealtad de sus parientes y amigos, pero siempre que se quiera encarar con lo social y general se aniquilará en una rebeldía heroica y estéril. No puede un hombre acercarse a los demás dando el máximo y exigiendo el máximo también. Las sociedades se forman no acumulando las virtudes individuales sino administrando los defectos con un sistema que limita el área de expansión de cada cual.¹⁰

Excelente idea en una teoría de los límites del hombre en sociedad. Pero esa administración no necesita ningún sistema a priori, que es inevitablemente ampuador, y menos un sistema cerrado como el feudalista, el capitalista o el comunista. Y acaba así este «Prefacio»:

Los anarcosindicalistas pudieron crearse el suyo propio [*sistema*, ¡pero si precisamente eran por definición anti-sistema! y mientras no lo tengan seguirán aspirando a una curiosa sociedad donde todos los hombres sean, en el desinterés, San Franciscos de Asís; en el arrojo, Espartacos; en el talento, Newtons y Hegels. Detrás de esto hay una realidad humana verdaderamente generosa. A veces –repetámoslo con entusiasmo–, sublime. Ya es bastante haber.¹¹

¿Y qué tiene de malo aspirar a semejante sociedad? Nadie podrá tachar parecida aspiración de inconveniente y mucho menos de ilusa, puesto que es la lógica trasuntada en utopía a la que podemos y *debemos* incorporarnos todos en fila y en marcha. ¿Acaso no sería esta sana y santa aspiración una realidad, la más real? Tan real que, sin ella, no sé si valdría la pena vivir.

Pero refiriéndonos ahora al momento biográfico de Sender cuando escribió estas líneas, es evidente que con esta novela se está despidiendo de sus compañeros libertarios... con un beso. Y no con un beso de Judas, como interpreta Alejandro G. Gilabert¹² contestando más que nada a *Contraataque* y no a *Siete domingos rojos*, libro éste que se leyó muchísimo en los ateneos libertarios y entre los cenetistas de la hora.

Pasemos ya al «Prólogo» de *Los cinco libros de Ariadna* y retengamos el dato de que han pasado, desde el anterior, 24 años, con todas sus muchas aguas turbulentas bajo el ojo de puente siempre abierto de su conciencia de ciudadano y de

¹⁰ *Ibidem*, p. 8.

¹¹ *Ibidem*, p. 8.

¹² En su panfleto *Los escritores al servicio de la verdad. Carta abierta a Ramón J. Sender*, Ed. Solidaridad Obrera, Barcelona, 1938.

artista; pero ya con tiempo suficiente para que esas aguas se hayan remansado, si bien sin llegar nunca a la balsa de aceite rutinaria. Y espiguemos ahora en el «Prólogo» de ese gran libro, porque tampoco aquí podemos transcribir –¡lástima grande!– las once sustanciosas páginas del mismo.

... por si hay algún lector que sorprendido en su inocencia duda de mis defectos (más bien podríamos llamarlos excesos) y de mis virtudes (no tengo ninguna que no sea una simple y natural fidelidad a los primeros intereses de mi salud moral y física) les recordaré que soy el mismo de la infancia, la adolescencia y la juventud. Se cambia de maneras, se modifica el color del pelo y el acento verbal; quizás se llega a hablar un idioma diferente, pero uno no cambia en lo esencial.

Soy un hombre ordinario en la acepción discreta de la palabra. [...] He tratado de ser un burgués sin conseguirlo. Más a menudo he tratado de identificarme con los llamados proletarios sin lograrlo tampoco. Por un azar que a veces me sorprende a mí mismo todavía a pesar del panfilismo del que hablaba, he estado como casi burgués o casi proletario en el centro de casi todos los acontecimientos importantes de la vida de mi país y en ellos he tomado naturalmente el lado del pueblo por una cierta inclinación a lo noble. Allí donde se alzaba la protesta, allí estaba yo. La vida era fea y alguien tenía la culpa. Nunca he creído que se pudiera hacer otra cosa en España, la clásica *Iberia ferax venenorum* de Horacio. No he sido un héroe aunque he sufrido a veces las desventajas del heroísmo. Durante la guerra de África, las sublevaciones contra Primo de Rivera, las conspiraciones contra la Monarquía, los lamentables hechos de Casas Viejas, el alzamiento de Asturias y la guerra civil he estado siempre en medio de la refriega, aunque en lo que se refiere a la guerra civil cada español estuvo, creo yo, en cada instante en el centro de cada acontecimiento. Sin embargo, como no pertenezco a ninguna congregación secreta ni pública, no me beneficié con ninguna de las victorias parciales que tuvimos y menos con las derrotas. Todo eso no quiere decir que yo no haya actuado en 1934-36 cerca de los de Moscú y por cierto con una lealtad a toda prueba porque desde el primer día hasta el último de nuestra corta relación les expuse todas mis discrepancias. No conseguimos resolverlas y me alejé lo mismo que me había acercado. Eso de que estuve en el Partido y me echaron son cuentos de vieja *ad majorem Vodzi gloriam*. Si fuera verdad, lo diría, porque hace muchos años que eso no constituye para nadie un motivo de vergüenza, sino todo lo contrario.¹³

Siguen otras manifestaciones de anticomunismo y antifranquismo que a estas alturas es mejor pasar por alto después de tanto derrumbe dictatorial de signo diestro y siniestro. Pero lo que sí vale la pena recoger más adelante es la frase en que nos explica el porqué de ser él imán de las iras de sus «colegas» de creación literaria y críticos literarios, que en otro lugar comentamos bajo distinto ángulo:

¹³ Ramón J. SENDER, *Los cinco libros de Ariadna*, Ed. Ibérica, Nueva York, 1957, pp. VI-VII.

Creo que no puedo ver ni sentir políticamente. [...] Tampoco mis experiencias de juventud fueron políticas. Ignoro lo que es una asamblea de partido o una reunión de célula. Pero sé que el poeta y el político son especimens [sic] opuestos e inconciliables y que las cualidades del uno y del otro se repelen. Cuando me he acercado a la política me he conducido como poeta (resultaba así un animal indefinible) y entre los escritores me consideraban a menudo un político. Unos y otros se engañaban y se irritaban al sentirse engañados. Pero un escritor no puede evitar la circunstancia social. Para mantenerse insensible a los problemas sociales de nuestro tiempo hay que ser un pillo o un imbécil.¹⁴

Está dicho todo y sobran comentarios. Pero, para mayor precisión, lo que sigue:

En ningún caso he sentido la menor tentación de entrar en un corro deslindado y definido, aunque en todos ellos conservo amigos. Los anarquistas son los que individualmente me parecen más cerca de mí. Individualmente prefiero el inocente iluminado. O el energúmeno decepcionado, pero no escéptico. Uno sólo se entiende con los hombres de fe. Deseo con toda mi alma volver un día al lado de los ilergetes aunque sé que cualquiera que sea el rumbo de mi vida cuando regrese me mirarán con cierta familiaridad zumbona. Seremos los «indianos». Los que huimos de España y no supimos ayudarles decisivamente desde fuera.¹⁵

Aquí parece darnos la razón cuando lamentábamos el divorcio (no quiero decir traición, todavía) perpetrado por los intelectuales españoles para con su pueblo, aunque aquí se refiere a una movilización de las otras intelectualidades y fuerzas de izquierda fuera de España también. Pero veámosle remachar en el mismo clavo:

Todos somos culpables de lo que pasó en España. Unos por tontería y otros por maldad. El hecho de que la tontería esté de nuestra parte (de parte de los mejores) no nos salva ni ante la historia ni ante nosotros mismos.¹⁶

Así ha sido. Con tantos «genios» del 98, del 14 y del 27, sólo tres o cuatro —Sender el primero por ser el más notable y notorio— se molestaron en entender y participar con la punta de lanza más inspirada y generosa del pueblo español en su lucha contra las irónicamente llamadas «fuerzas vivas» de la negra España.

¹⁴ *Ibidem*, p. VIII.

¹⁵ *Ibidem*, p. XI.

¹⁶ *Ibidem*, pp. XII-XIII.

Una manera de entender eso que llaman patria en Sender se nos da en el siguiente párrafo:

Si en España destruyeron según dicen mi identidad, he hallado otra ciudadanía y naturaleza civil. Ser mexicano o argentino o venezolano o ecuatoriano es ser español dos veces. Por serlo y por la renuncia altruista y el trasplante. [...] Para mí no existe la nación, sino el territorio y el mío es Aragón y a él me atengo. Por lo demás, en el mundo de hoy nada de eso tiene mayor importancia.¹⁷

En resumidas cuentas, el compromiso de Sender se demuestra en la medida en que ostenta mayor lucidez en las zonas más ambiguas y mayor resistencia al poder del sofisma y del engaño, que no otra es la misión de todo escritor, máxime si ejerce de intelectual en el sentido aranguriano.

SENDER ANTE Y SOBRE SU OBRA

Para mí Sender ha estado siempre polarizado en su obra por un mismo complejo de ideas esenciales –con los naturales procesos de metamorfosis, evolución y reparaciones de la erosión del tiempo vital a la intemperie, todo esto impuesto por la marcha de las actualidades interiores y exteriores, llámense historia o discurso mental–. Los cambios en Sender (porque todo el mundo es *metablético*) se han venido dando en profundidad, complejidad y extensión, pero apenas en temática y naturaleza, índole o carácter. Así que cuando era un novelista «obrero», «revolucionario-proletario» y demás sambenitos que los «fans» del compromiso político le han pegado al «primer Sender», no era menos artista por eso, sino muy intencionalmente el novelista creador de su mundo pensado y de su propio universo novelesco, siempre parabólico de tesis y estructuralmente mágico-realista. Pero démosle ya la palabra sobre este punto, que es la suya la que vale.

Este libro tiene un carácter inusual que podríamos definir con una expresión igualmente infrecuente: memorias apócrifas. Es decir, para mayor exactitud: *verdaderas* memorias apócrifas. [...]

Eso no quiere decir que este libro no sea genuinamente mío.

Incluso como libro de memorias. Lo que pasa es que la mayor parte de las cosas que cuenta no sucedieron sino –por decirlo así– esencialmente. Eso no es raro en mi modesta obra, ya que el realismo de mis narraciones es un *realismo de esencias*, como decía Julia Uceda en *La Revista de Occidente* en un buen ensayo crítico.¹⁸

¹⁷ *Ibidem*, pp. XIII-XIV.

¹⁸ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, Ed. Guara, Zaragoza, 1980, p. 17.

Sender se refiere al artículo «Realismo y esencias en Ramón J. Sender»,¹⁹ en el que la profesora y excelente crítica literaria abunda en nuestro tan reiteradamente expresado postulado del esencialismo en Sender, ya desde mi tesis sobre el escritor²⁰ hasta mi «Introducción» a la edición crítica de *Imán*,²¹ pasando por mi libro *La verdad de Sender*.²² Tal vez baste transcribir aquí, como testimonio de nuestra coincidencia con el juicio de Julia Uceda, el final de este librito últimamente nombrado en que decimos: «Con esta novela (*La esfera*, 1969), que ha rehecho varias veces y viene a ser el resumen filosófico-poético de toda su obra, ha querido Sender contribuir decididamente a enriquecer el entendimiento *de y entre* los hombres, y en especial: *de y entre* los intelectuales. Ahora bien, viniendo de Sender no esperen enriquecimientos de forma ni detalle, sino de *esencialidades*, porque para mejorar el detalle, la gestión, el trámite, lo incidental, ya están los políticos, administradores, sociólogos, sicólogos, economistas, abogados, médicos, guardias urbanos y alguaciles de toda laya. Al mismo tiempo, la *esencialidad* de *La esfera* es futurizable, susceptible de empujar más y más el horizonte humano y de hacerle rebasar constantemente la línea de azimut de cada presente. Que es en lo que consiste el arte».

Sobre la novela frente al teatro y el cine, comenta Sender:

La ventaja y el privilegio del teatro y del cine sobre la novela consiste en que aquéllos no necesitan ser verosímiles, porque son actuales en presencia. La presencia de los actores vivos nos da esa realidad verdadera que nuestra atención de espectadores exige. [...] La desventaja del teatro en relación con la novela consiste en la estrechez de sus leyes genéricas. [...]

En el cine, la desventaja en relación con la novela desaparece. Tiene el cine la misma extensión de ámbitos en tiempo y espacio.²³

Porque lo visual [refiriéndose a *Lolita*, llevada al cine] acompaña y fortalece a la imaginación. No está hecha la *imagen* para la *imaginación*.²⁴

Brillante idea ésta, no menos brillantemente expresada, que me invita a invertir el famoso eslogan de la publicidad audiovisual «más vale una imagen que

¹⁹ Julia UCEDA, «Realismo y esencias en Ramón J. Sender», *Revista de Occidente*, serie 2, t. 28, n.º 82 (enero de 1980), 39-53.

²⁰ FRANCISCO CARRASQUER, «*Imán*» y la novela histórica de Ramón J. Sender. Primera incursión en el realismo mágico senderiano, tesis doctoral defendida en la Universidad de Amsterdam el 25 de junio de 1968, Zaandijk, J. Heijris, 1968.

²¹ FRANCISCO CARRASQUER, «Sender entero ya en *Imán*», «Introducción» a *Imán*, Huesca, I.E.A., Col. «Textos Larumbe», 4, 1992, IX-CLXXXVI.

²² FRANCISCO CARRASQUER, *La verdad de Ramón J. Sender*, Leiden-Tárrega, Ed. Cinca, 1982.

²³ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, op. cit., p. 96.

²⁴ *Ibidem*, p. 97.

cien palabras», porque es evidente que lo contrario es cierto, ya que de la palabra nos brotan más de cien imágenes a cada uno, y no una sola para todos... ¡Qué miseria esa imagen solita para el consumo multitudinario comparada con la infinita riqueza de la imaginación!

No podía faltar una alusión más a la obra de su admirado maestro Ramón M.^a del Valle-Inclán, concretamente de su invención del esperpento:

Pero el esperpento valleinclanesco (el lector debe recordarlo) no deforma las cosas por el gusto de lo grotesco, sino que a fuerza de acumular esos efectos grotescos obtiene síntesis poéticas.²⁵

Esto en lo formal, convendría yo. Pero en el fondo, ¿no es lo que persigue Valle-Inclán: provocar una imagen positiva con una negativa, a base de ácidos corrosivos y sales emulsionantes como en el revelado? Por algo decía Salinas en su tratado de literatura española: «Extraño moralizador –Valle-Inclán– sin sermón ni sentencias; tanto que casi nadie le nota que lo es, que sus fantoches obran de ramales de disciplina; y el mundo del esperpento es –otro cuadro tremebundo de las ánimas– gesticulante aviso y enseñanza de extraviados».²⁶

Y por fin, una confesión hacia el diablo como para darme de paso la razón cuando afirmo que el realismo de Sender es mágico, aunque también caben otros atributos, como el de Uceda, o el superrealismo, el impresionismo, el expresionismo y el naturalismo al otro extremo:

Los indios de New México dicen que en sus artes –escultura, pintura, tapicería, alfarería– dejan siempre alguna imperfección a propósito, para que por ella salga el diablo que está escondido en la materia. El diablo que duerme en la piedra, en la madera, en el barro, es invitado a salir cuando a una figura le hacen una mano con tres dedos o a un rostro le ponen un solo ojo en medio de la frente. A mí me gusta también dejar en mis escritos, como hacen los indios, una ventana abierta para que el diablo salga si quiere. (El diablo de la perfección). En cuanto a la técnica gusto de la que menos se ve. La tendencia a perfilar el detalle no es barroquismo, sino una inclinación dramática y amorosa por las cosas pequeñas y transitorias en las que me gusta bucear y destacar lo más genuino y permanente.²⁷

Para terminar con este tema, me parece que podrían ser un cierre de oro estas frases casi a continuación de lo últimamente transcrito y que constituyen una doble clave (formal y de cosmovisión) de nuestro autor:

²⁵ *Ibidem*, p. 97.

²⁶ Pedro SALINAS, *Ensayos de Literatura Hispánica*, Madrid, Aguilar, 1961.

²⁷ Ramón J. SENDER, *Los cinco libros de Ariadna*, op. cit., pp. XIV-XV.

Un defecto que podría ser menor [y se refiere a sí mismo y su obra] es la tendencia a usar voluptuosamente del color. No es una voluptuosidad tan acusada como en otros españoles a quienes aplaudo y admiro (no tanto como en Valle Inclán o en Miró) pero así y todo, esa tendencia contradice al silencio interior que quisiera expresarse en formas más ascéticas. En todo caso, uno es como lo han hecho y esa voluptuosidad es legítima. Si se reflexiona un poco, se verá que no es tanto el gozo del color, como el de la luz. Me gusta abusar de la luz sobre superficies frías y colores «pasivos». El amor es el deseo de la forma. El universo está trabajando en esa dirección desde sus orígenes. La música es la forma del silencio y el color la forma de la luz. El pensamiento es la forma de la muerte cuando es certidumbre, y de la inmortalidad –del «devenir»– cuando es fe no comprobada con la realidad y tal vez no comprobable.²⁸

LA FILOSOFÍA DE SENDER

Del gozo de la luz en su obra, bien podríamos pasar por ese puente a la otra orilla del pensamiento senderiano con este párrafo:

Todos estamos obligados a dar forma al silencio y a la luz, esos dos puntos de partida que Dios nos ofrece para que con ellos le ayudemos a poblar la nada y a redimirnos y a redimirle a él en cierto modo del horrendo caos de los orígenes. Esta creencia es religiosa. Religión y poesía son una misma cosa. Novalis ha dicho que la religión es poesía práctica y para un español la sangre derramada (primer rito de las religiones) y la canción que la sucede son el resumen de la historia de toda la humanidad. Sangre, religión y poesía (pasión, ensueño y canción) son cosas de las que el español entiende. Nuestra religión es el hombre. Y sus virtudes aquellas en las que todos los hombres podrían coincidir. Algunas de esas virtudes para muchos serán objeccionables. En su derecho están.²⁹

Si repasamos, resumiéndolo, nuestro careo de Sender con los filósofos importantes que sospechamos tienen con él algún parentesco directa o indirectamente, expuesto ya en nuestro trabajo «La parábola de *La esfera* y la vocación de intelectual de Sender», resulta que:³⁰

- *Pitágoras* podría pasar por ser uno de los primeros maestros en segundo grado de Sender, ya que a ambos les cautiva el misterio, son los dos de una intuición infatigable y amantes a la vez de la armonía resultante de fuertes contradicciones superables.

²⁸ *Ibidem*, p. XV.

²⁹ *Ibidem*, p. XVI.

³⁰ Careo publicado en su versión definitiva en mi libro *La verdad de Ramón J. Sender, op. cit.*, pp. 85-124.

- *Simón el Mago* y su gnosis mágico-vulgar ha sido objeto de muchas alusiones en la obra novelística y ensayística de Sender; así como difiere de un *Mani* por no ser en Sender la sustancia (Sur) la que se opone al bien (Norte), una y otro indiferentes además, sino que para Sender son estos dos polos los que hacen realidad, como los eléctricos hacen energía.

- *Descartes* se contrapone al pensamiento de Sender en cuanto éste no admite la escisión de Cartesius entre espíritu y materia, cuerpo y alma, como tantas veces lo expresa Sender desde una posición contraria o monista, y valga un ejemplo:

Saila se sentía feliz y quiso aprovechar aquella disposición para «pensar con la razón», con aquella razón de la que estaba tan fatigado. Pero no podía. «Quisiera pensar con el codo, con los tobillos». A veces creía que era de ellos desde donde venían sugerencias confusas pero poderosas que dominaban todos sus restantes estímulos.³¹

- *Parménides*. De este gran filósofo del ser tiene muchos filosofemas de derivación y por extensión Sender en su obra, que por algo hemos dicho siempre cuán esencialista es Sender. Empezando por la figura de la esfera con que titula su novela más filosófica, puesto que Parménides es el primero que emplea la esfera como símbolo de toda una cosmogonía, aunque Sender confiesa que no la toma de Parménides:

La primera intuición de la esfera la tuvo uno de tu raza en España y en plena Edad Media: Aben Tofail.³²

- Es lo que le dice Saila a Eva. Quiere decir, no obstante, el primero en hacer de la esfera, no sólo un símbolo cosmológico, sino también místico. Pero la metáfora de la esfera ha sido figura muy socorrida como recurso simbólico: por pitagóricos y neopitagóricos, por Platón («Timeo»), Anaxágoras, Plotino («sfaira noete»), neoplatónicos, Giordano Bruno, Nicolás de Cusa, Pascal...

- Sí, con *Pascal* coincide Sender hasta el punto de que esta frase pascaliana, «La divinidad es una esfera cuyo centro se halla por doquier y la circunferencia en ninguna parte», podríamos atribuísela a nuestro autor aragonés, de no haber sido advertidos de su paternidad correspondiente al gran escritor y genial pensador jansenista de Port-Royal Blaise Pascal. Pero hay otros puntos de coincidencia entre ambos: las razones del «corazón» y la paradoja de que «no se busca a Dios para encontrarlo, sino por haberlo encontrado». En cambio, no se aviene Sender fácil-

³¹ Ramón J. SENDER, *La esfera*, Ed. Aguilar, 1969, p. 46.

³² *Ibidem*, p. 224.

mente al «pari» pascaliano; véase, si no, lo que dice el escritor a este respecto en «Examen de ingenios. Los noventayochos». ³³ Esta celeberrima *apuesta* –gesto trágico-heroico aparte– le debe de haber parecido siempre a Sender un recurso muy propio de la doble afición francesa a camuflar la idea del provecho y a escamotearla con sofismas o agudezas («d'esprit»), prescindiendo de que, en Sender, la idea de la salvación no desempeña ningún papel *personal*, puesto que en el sistema ontológico senderiano se empieza ya por negar a la persona.

- *Plotino*. Con la idea central de este pensador cuadra más la no central de Sender, a saber, que la unidad es la *doble* expresión de perfección y realidad. Todas las citas que podríamos sacar de *La esfera* sobre la intrínseca unidad del mundo y del hombre, de los tres reinos naturales... o contra la diferenciación de los seres por obra y desgracia de la civilización, van de par con la fórmula plotiniana: «Lo Uno es fundamento de todo ser, realidad absoluta y, a la vez, absoluta perfección» (salvada la doblez senderiana de lo real minando la perfección). Otra idea afín a Plotino es la justificación que éste hace de los males como necesarios componentes de la totalidad armónica del universo. La diferencia de matiz está en que Sender concibe el mal potencialmente como bien, admitiendo una conversión posible del menos al más. Los lectores de Sender recordarán con qué insistencia emplea en sus obras la bella metáfora del navegante valiéndose de los vientos contrarios (y que nosotros hemos trasuntado también reiteradamente con el símil algebraico del $- \times - = +$). En lo que ya no le sigue el aragonés al pensador egipcio es en su emanatismo neoplatónico (horro de todo dramatismo humano); ni tampoco en la idea de purificación del sabio. Lo Uno, para Sender, no es ningún castillo que conquistar (y menos por el ejercicio de la intuición intelectual).

- *Servet*, de quien se proclama Sender nada menos que descendiente (de sangre) y a quien admira como sabio y como santo rebelde y mártir. Esto aparte, hay en Servet antecedentes muy senderianos: su curiosidad insaciable por saberlo todo y si puede ser de primera mano, aceptando la verdad de donde venga, sin examinar su dentadura ni su pedigrí, lo que entraña independencia de carácter y de mentalidad; valor para arrostrar peligros y bajar igual a las espeluncas que subirse a un aerostato (real o de ficción, inventado a ser posible); sexto sentido para el misterio y por encima de todo para lo trascendente, es decir: espíritu religioso sin iglesia, ética comunitaria sin tablas de la ley y, sobre todo, sin cánones. En fin, tan sólo por ser Servet un precursor, siquiera balbuciente y a lo mejor sin plena conciencia (creo yo), del panteísmo spinoziano, ha de sentarle bien a Sender.

- *Spinoza*. En efecto, Baruch ha sido para Sender un difuso pero universal «maître à penser». Y como buen discípulo, no sólo lo ha seguido, sino que en alguna medida el conocimiento intuitivo y directo de Spinoza se prolonga en Sender hasta límites de conocimiento innato y total. Y la acción de contemplar directa e

³³ Ramón J. SENDER, «Examen de ingenios. Los noventayochos», New York, 1961, p. 176.

intuitivamente como acto de conocer del Espinosa holandizado, se hace un «saberlo todo primigenio» en el californizado maño. Más aún: bien sabido es cuánto gusta Sender de repetir el principio spinoziano de que «todo ser tiende a persistir en su ser»; pero en la filosofía senderiana (vg. en *La esfera*) esa tendencia se convierte en lucha del ser contra la nada que constantemente le amenaza. De la «realidad perfecta» de Spinoza a decir, como afirma Sender, que cosmos, vida, verdad, misterio, belleza, amor y Dios todo es uno y lo mismo, no hay más que un paso. Así como asegurar que la «Natura naturata» no es más que una cara de la «Natura naturans» es casi decir que «nada necesita del tiempo para prosperar»³⁴ o, como escribe antes en la misma obra, «nada hay vivo, más que el presente».³⁵ No podemos extendernos aquí en dilucidar expresiones crípticas de Sender, tales como ésta: «... las cosas y los seres llevados de su sed de trascender, vuelven a sus orígenes inevitablemente, después de haber pasado por sus propias negaciones», porque, de traducirlas al lenguaje técnico de los filósofos, tendríamos que optar por una de las varias acepciones del trascender; pero, para terminar con la orientación spinozista de Sender, demos esta última cita: «A Santayana le gustaba el panteísmo de Spinoza como la forma más acabada de acercarse un espíritu libre a la idea de Dios. Yo también pienso igual en eso».³⁶ Y de paso hemos relacionado a Sender con Jorge Ruiz de Santayana Borrás, el filósofo español tan anglicanizado que ha escrito su mejor soneto en inglés y sobre quien ha escrito Sender en varios lugares, pero sobre todo en el ensayo recién citado.

Queda claro, pues, que Sender no es dualista ni a lo maniqueo ni a lo cartesiano, sino monista a lo Parménides-Plotino-Spinoza.

Ahora, entre existencialista y esencialista, ¿qué es Sender? Siempre hemos afirmado que Sender es esencialista de arriba abajo. «Como buen aragonés –decíamos en otra ocasión– a Sender lo que le interesa por encima (y por debajo) de todo es el meollo, el piñón, el cogollo, el hueso, la *sustancia* (palabra clave en la estimativa popular aragonesa)».³⁷ Y si la esencia es el qué de las cosas, bien claro está en *La esfera*: «Para Saila la esfera es el qué final».³⁸ Pero vayamos por partes:

1) es existencialista, sin embargo, porque no pospone la existencia a la esencia (ni al revés);

2) porque toda su reflexión parte de su propio yo, y

³⁴ Ramón J. SENDER, *La esfera*, op. cit., p. 29.

³⁵ *Ibidem*, p. 20.

³⁶ Ramón J. SENDER, «Examen de ingenios. Los noventa y ochos», op. cit., p. 176.

³⁷ Francisco CARRASQUER, *La verdad de Ramón J. Sender*, op. cit.

³⁸ Ramón J. SENDER, *La esfera*, op. cit., p. 69.

3) porque hace entrar siempre en esta reflexión algo irracional. Es existencialista más aún por *actitud* que por teoría, si reconocemos en Sender todas estas características propias de los existencialistas: subjetivismo, autenticidad como criterio de verdad, necesidad de la libertad, situación única en el vivir y convivir, derecho y deber de la decisión en todo momento, compromiso, soledad/compañía alternándose, conciencia de estar en el mundo como arrojado y de estar abocado a la muerte sin salvación. En cambio, es ajeno Sender a temas de repertorio tan existencialista como: finitud, contingencia, enajenación y elección por imperativo categórico. Por todo esto es por lo que Sender protesta de que le etiqueten de existencialista, aunque le haya puesto la etiqueta un crítico tan perspicaz y competente como Sherman H. Eoff.³⁹ Así como protestaba también Martin Heidegger, por estar asimismo más interesado por lo ontológico que por lo existencial (pues, para Heidegger, lo existencial no es más que un medio hacia lo óntico). Desde semejantes posiciones esencialistas, no deja de ser un enigma la proposición que se desprende de esta frase de Sender kierkegaardiana si las hay: «Parece una monstruosidad decir que Dios vive nuestra angustia, pero así es».⁴⁰

- *Schopenhauer*. Como admirador de Gracián que fue, tiene ganadas este filósofo germano en Sender todas las simpatías, pero además hay coincidencias entre el autor de *El mundo como voluntad y representación* y el de *La esfera*. Por ejemplo: en el epígrafe (en cursiva, como los otros largos epígrafes que abren cada uno de los capítulos de *La esfera*, a modo de frontispicios filosóficos en alas de la poesía), al frente del cap. VII se repite siete veces la expresión «voluntad de fe», una voluntad además hecha «con la esencia misma de la realidad de la que nace y no puede sino crecer en lo que, por estar dentro de su esencial ser, está en el universo en el que vive».⁴¹ Claro que no es la misma voluntad la de Schopenhauer que la senderiana «de fe», pero es evidente que puede ésta nutrirse de aquélla. Y si avanzamos un poco más por la vía del filósofo de Danzig, veremos cuán cerca está Sender de su pensamiento cuando aquél dice que la voluntad, al llegar a tener plena autoconciencia, puede renunciar a sí misma y resignarse a una actitud de ascetismo, y hasta de autoaniquilación; o cuando el filósofo boreal asocia a este negativismo de la voluntad de vivir la noción budista del Nirvana, en la que cada ser vuelve finalmente a la identificación con el todo y a la pérdida de su individualidad. Porque, ¿no es Sender quien ha proclamado: «Todo camina a su propio no ser»?⁴²

- *Nietzsche*. No ha sido Sender muy nietzscheano, tal vez menos manifiesta que verdaderamente, a lo mejor por no querer seguir la moda de su generación y

39 Sherman H. EOFF, *The Modern Spanish Novel*, New York, 1960, y Barcelona, Seix Barral, 1965.

40 Ramón J. SENDER, *La esfera*, op. cit., p. 248.

41 *Ibidem*, p. 127.

42 *Ibidem*, p. 25.

de la anterior, lo que no quita para que lo fuese más que muchos que se lo autoproclamaban. De buenas a primeras, no podía disgustarle Nietzsche a Sender por razones tan obvias como la de que fuese también gracianófilo y de que hubiese sido quien dijera que «el pueblo español quiere demasiado», aparte de que tiene el autor de *Así hablaba Zaratustra* un arranque schopenhaueriano. Aunque, también a las primeras de cambio, si a Sender podía atraerle la sensibilidad y el sentido de lo heroico, lo trágico y lo dionisiaco de Nietzsche, así como su actitud vitalista a ultranza y su amoralismo trascendente, también podríamos anticipar que la doctrina de Sender parece la más opuesta a la de Nietzsche en lo que a su invento del «superhombre» se refiere, cuando Sender es el inventor de la «hombría», de esa noción que revaloriza al hombre por abajo, y no por arriba como Nietzsche, como un ente de especie indiferenciada contra la diferenciación de la *persona* (la antítesis senderiana de hombría).

No obstante, coinciden ambos de algún modo en un fondo metafísico al que el autor alemán llama «el eterno retorno» («algo que debe repetirse eternamente, como un devenir que no conoce satisfacción, aburrimiento ni fatiga») y que Sender expresa, entre otras numerosas variantes, así: «No hay más que el trascender dentro del presente y por los curvos caminos de un presente que se muerde la cola». ⁴³ Tal vez, y para resumir, pueda servirnos Cristo de línea de demarcación entre estos dos pensadores: para Nietzsche era Cristo una rémora a la plenitud de la vida y un fermento de nihilismo (tal como entendía él este término, por oposición a valor y vitalidad), mientras que para Sender es Cristo el gran prodigio del hombre creador trascendiéndose por él y que, tan sólo por haber sido capaz, el hombre, de esta invención supraética es ya capaz ésta por sí misma de salvar definitivamente a la creatura humana: por la idea de la redención a lo Rembrandt, por el amor a lo San Juan de la Cruz y su correspondiente «medium» o mito de la Eucaristía. Aunque, en resumidas cuentas, Nietzsche ha influido en todos, Sender incluido (algo así como podría decirse del superrealismo, de cuya impronta nadie escapa), porque ¿no hay rasgos bien nietzscheanos en estas frases de *La esfera* y, sobre todo, en las palabras por nosotros subrayadas?:

Porque llegará un tiempo en que la *realidad*, la perfección y la *virtud* serán los atributos más altos de la acción, de una «acción esencial» en la que estarán todos los hombres. Entre tanto, la *moral*, tal como la entendemos, no es más que la *vía muerta de la acción*. La *salvación* por las *negaciones*: yo no mato, yo no robo, yo no violo. Pero la realidad es siempre *activa, dinámica y afirmativa*. ⁴⁴

⁴³ *Ibidem*, p. 29.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 242.

• *Rudolph Otto*. Lo menciono por seguir a Eoff en su citado trabajo. Pues sí, con Otto coincide Sender por el concepto puesto en universal circulación de lo *numinoso* (en su *Das Heilige*). Es un concepto tan difícil de definir como podría ser un ente entre cielo e infierno, es lo misterioso, tremebundo, a la vez; lo perverso y majestuoso, lo venerable y fascinante, lo sublime y desafortado, lo solemne y absoluto. Pero lo numinoso en Sender va más allá, en lo abstracto y en lo concreto, que en Otto y está visto, senderianamente, como un filtro para poder seguir viviendo y muriendo, y no para vegetar intoxicados y pasar la otra vida en los limbos.

• *Kierkegaard*. Tiene de común con Sender su antihegelianismo y, de diferente, que Sender no se funda tanto en la subjetividad como vía de verdad y es más especulativamente esencialista. A una van, en cambio, en tributar sendas loas a la paradoja, si bien en Kierkegaard como petición de principio y en Sender como resultado discursivo o aforismo sintetizador. Lo curioso es cómo, en *La esfera* mismo, le imprecia Sender a Kierkegaard, *el imprecador*, en estos términos:

El error del cristianismo y de Kierkegaard en esto consiste en que han actuado los dos sobre el espanto mortal de la persona tomándola como una totalidad. Presuponen una persona independiente –bastante diferenciada para suponerse a sí misma libre– que nada puede hacer con su libertad. Y le proponen la fuga por un delirio de una magnificencia arrebatadora. [...] En todo esto el hombre no entraba y por eso Kierkegaard se queda con toda su angustia viva y en pie.⁴⁵

¿Cómo conciliar esto con la frase ya citada a propósito de Heidegger: «Parece una monstruosidad decir que Dios vive de nuestra angustia, pero así es»? Es evidente que esta vuelta de campana se explica por la noción misma de Dios, diametralmente opuesta en uno y otro (Kierkegaard y Sender) desde el punto de vista teológico, mientras que en términos de *teodicea*, Sender sería el vértice al que concurren Kierkegaard y Heidegger.

• *Bergson*. Con Bergson tiene Sender muchos rasgos en común, de los que éste es consciente, aunque no cite mucho nuestro paisano al filósofo de Auteil. Hay, desde luego, en la trayectoria del pensamiento senderiano una cierta andadura bergsoniana. Pero no participa tanto nuestro autor de las ideas de «evolución creadora» y de «tiempo / duración» del judío francés, como de su actitud filosófica de apertura societaria, moral y religiosa y, sobre todo, del absoluto intuitivo de su «élan vital» y, aún más concretamente, de algunas notas de este *élan*: «la vida es una causa especial sobrepuesta a la materia, que es a la vez instrumento y obstáculo», o aquella otra: «instinto e inteligencia se presentan, antes de su desdoblamiento, como una realidad simple». También la idea de religión «dinámica» de Bergson

⁴⁵ *Ibidem*, p. 169.

tiene su «pendant» en el «infringimiento cristiano» de Sender, así como hay un paralelo en la consideración de ambos de la mística castellana (*Las dos fuentes de la moral y de la religión*, de Henri Bergson, junto a *Tres novelas teresianas* de Sender, por no citar más que una obra significativa). En fin, ambos se han expuesto al reproche de «pandemonismo» irracional por haberse confundido lo irracional e intuitivo con lo demoníaco. Pero de hecho, tiene más de «pandemonista» y de antirracionalista Sender que el autor de la *Évolution créatrice*.

• *Antonio Machado*. Destacamos aquí a Antonio Machado, no sólo por estimar que ha sido un pensador de los más originales de nuestro siglo, sino porque creemos que hay alguna razón para acercar los pensamientos del poeta-filósofo sevillano con nuestro novelista. Y la primera coincidencia es que ni uno ni otro ha querido pasar por filósofo profesional. La segunda es que ambos le han dado una importancia central a la mujer. La tercera, que ninguno de los dos ha desdeñado el humor para expresar su visión del mundo con mayor agudeza y para «despenchar» su expresión humanizada del arte. Pero pongamos ejemplos:

Si yo dejara escrita sin ninguna referencia ni alusión esta frase:

Sólo es común a todas las conciencias el trabajo de desubjetivación, la actividad homogeneizadora, creadora, de esas dos negaciones en que las conciencias coinciden: tiempo y espacio, bases del lenguaje y del pensamiento racional: del pensar cuantitativo,⁴⁶

¿no sería ponernos en un apuro adivinar si es una frase de Machado o de Sender?

Mas nadie –dice Martín– logrará ser el que es si antes no logra pensar-se como no es.⁴⁷

Y Sender dice:

Todo quería afirmarse trascendiendo, pasando a través de su «no ser» temporal a otro estadio de su propia absoluta presencia. Todo camina a su propio «no ser»,⁴⁸

Con lo que la ecuación gnoseológica de Machado se convierte en teleología dialéctica de pronunciada intención ontológica.

Ahora se trata de realizar nuevamente lo *desrealizado*

⁴⁶ Antonio MACHADO, en *Antología de su prosa*, III: «Decires y pensares filosóficos» (ed. de Aurora DE ALBORNOZ), Madrid, Ed. «Cuadernos para el Diálogo», 1971, pp. 72-73.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 62.

⁴⁸ Ramón J. SENDER, *La esfera*, *op. cit.*, p. 25.

sentencia Machado hablando sobre poesía.⁴⁹ Idea ésta con-notable a la tantas veces expresada por Sender, como en esta sincrética versión:

En toda incongruencia hay un asomo de misterio poético.⁵⁰

En ambos casos se entiende poesía como re-creación o re-vivificación de lo anquilosado por el uso y abuso, por la convención y reconvención, de lo muerto por la rutina. Un punto evidentemente a mano en este careo es el de la *nada*. Para Machado es la necesaria justificación del Ser (como la foto necesita del negativo); para Sender es la Nada la razón de ser del Ser, su campo de batalla y su enemigo, a la vez, su «complementario» antagónico, valiéndose sin decirlo del favorito término machadiano. Y en este sentido podría decirse que Sender lleva hasta las últimas consecuencias y confluencias las ideas de Machado, combinando la idea de la nada con la complementariedad. Por ahí se explica un profundo y fundamental pensar común entre estos dos hombres, porque si, por un lado, escribe Machado:

Un Dios existente –decía mi maestro– sería algo terrible. ¡Que Dios nos libre de él!⁵¹

por el otro abunda Sender, por boca de Saila:

Me gustaría decirle a Dios: Sí, la vida, el universo, la inmortalidad, todo eso está muy bien, pero ¿y qué? (Quizá ésa es la única blasfemia y por eso no lo diré nunca, pero confieso que me gustaría).⁵²

–Mi Dios no se define, no está en un ser. Mi Dios cambia.⁵³

Casi todo cambia [admite Antonio Machado por boca de Juan de Mairena, su «heterónimo»] [...] y no digo *todo* a secas, por quitar rotundidad y *absolutes* a mis afirmaciones y, además, porque hay gran copia de hechos insignificantes, como el de haber nacido en viernes, por ejemplo, que los mismos dioses no podrían mudar.⁵⁴

49 Antonio MACHADO, *op. cit.*, p. 64.

50 Ramón J. SENDER, «Prólogo» a mi libro *«Imán» y la novela histórica...*, *op. cit.*, p. XII.

51 Antonio MACHADO, *op. cit.*, p. 116.

52 Ramón J. SENDER, *La esfera*, *op. cit.*, p. 263.

53 *Ibidem*, p. 244.

54 Antonio MACHADO, *op. cit.*, p. 111.

Esta zancadilla que lo concreto le hace a lo abstracto es característica de ambos autores, con la diferencia de que estos efectos de humor filosófico en Machado son siempre más salerosos, como corresponde a un sevillano tan fino, y los de Sender suelen tener una entonación más bronca (lo «bronco» y lo «ibérico», una correlación que sugiero para una tesis doctoral..., y nada más ibérico en el sentido de bronco que lo aragonés).

Hay que decir que Machado se queda todavía con Spinoza y Bergson, mientras que Sender los rebasa a los dos en la concepción de Dios y del tiempo, respectivamente:

Imaginemos –decía mi maestro Martín– una teología sin Aristóteles, que conciba a Dios como una gran conciencia de la cual fuera parte la nuestra, o en la cual –digámoslo *grosso modo* y al alcance de vuestras cortas luces– todos tuviéramos enchufada la nuestra. En esta teología nada encontraríamos más esencial que el tiempo; no el tiempo matemático, sino el tiempo psíquico, que coincide con nuestra impaciencia mal definida, que otros llaman angustia y en la cual comenzaríamos a ver un signo revelador de la gran nostalgia del *no ser* que el *Ser Supremo* siente, o bien –como decía mi maestro– la gran nostalgia de lo Otro que padece lo Uno. De esta suerte asignaríamos a la divinidad una tarea inacabable –la de dejar de ser o de trocarse en lo Otro– que explicaría su eternidad y que, por otro lado, nos parecería menos trivial que la de mover el mundo.⁵⁵

Dios no sabe que es Dios. Si lo supiera ya no sería sino una estéril experiencia más. Por eso, nosotros, que recibimos de Él nuestra sustancia y nuestra esencia, llegamos a saber de Él más que Él mismo. Y por eso morimos. (Para la teoría de la esfera).⁵⁶

El tren iba a otro lugar en cada milésima de segundo. Rumor de palabras, silbidos de trenes, nubes lejanas, árboles sacudidos por el viento, todo va frenéticamente a la hora próxima. Muchedumbres e individuos con sus curiosidades, sus ambiciones, sus pasiones, sus sueños, vuelan para entrar en el ámbito virgen de la hora próxima en la que esperan cumplirse. Pero ésa es una ilusión. Nada avanza, nada crece, nadie penetra en la hora próxima. No hay «hora próxima». No hay más que el trascender dentro del presente y por los curvos caminos de un presente que se muerde la cola. Si pudiéramos cortar el tiempo en sección no interrumpiríamos más que la ilusión de un movimiento. Y ningún hecho, ninguna vivencia quedaría cortada porque *nada necesita del tiempo para prosperar*.⁵⁷

55 Antonio MACHADO, *op. cit.*, p. 121.

56 Ramón J. SENDER, *La esfera, op. cit.*, p. 284.

57 *Ibidem*, p. 29. El subrayado es nuestro.

Muchas son, demasiadas para este lugar, las citas que podríamos aportar con miras a establecer las coincidencias del pensamiento machadiano en Sender, coincidencias que, hasta demostración de lo contrario, nos parecen puras, sin recíproca o unilateral influencia (porque cuando aparecen las prosas de Machado en la edición de Losada es ya en 1943 y en ese año ya estaba rodando el piñón pensante de *La esfera* bajo la etiqueta de *Proverbio de la muerte* hacía cuatro años). Quizá sea oportuno terminar con una coincidencia totalizadora: el gusto por utilizar las contradicciones y el sentido aguzado de la paradoja para levantar siquiera una punta del velo del misterio. Concretamente, sobre la magia, Machado escribe:

Partiendo del pensamiento mágico de Abel Martín...⁵⁸

Y Sender:

Saila decía que no. Que todas las cosas de la vida eran regidas por la magia y el misterio.⁵⁹

• *Merleau-Ponty*. Con este pensador, por desgracia poco conocido aún en nuestros pagos, tiene Sender –sépallo o no– más de un punto de contacto: 1) su común base de partida concretista; 2) la idea de conciencia-cuerpo; 3) la libertad como algo que se hace *concretamente* en el mundo, y 4) la interpretación de los datos del mundo como *signos* de una unidad que deberá *inventar* el nombre para dar sentido a su existencia y a su inserción en el ser. Es más, los signos así *perseguidos* son nudos de significaciones no permanentes ni dados de una vez para siempre, sino en trance de hacerse y *deshacerse* dentro de la trama de la experiencia y del saber. Esta unidad de la experiencia y del saber postulada por Maurice Merleau-Ponty la extrema Sender sobre el punto anterior merleau-pontyano de la *conciencia-cuerpo* hasta creer en un saber innato e infuso:

Mi cuerpo no podría andar si tuviera las caderas desarticuladas, ni tampoco yo podría vivir si hubiera en mis nociones demasiadas zonas oscuras. Pero mis sentidos lo sabían todo cuando nací. [¿No nos da aquí la síntesis de índole *práctica* de la percepción según el autor de *Phénoménologie de la perception* (1945)?] [...] Sólo por eso [aún apuntilla Sender], por saberlo todo, he podido vivir y voy a la muerte...⁶⁰

⁵⁸ Antonio MACHADO, *op. cit.*, p. 176.

⁵⁹ Ramón J. SENDER, *La esfera*, *op. cit.*, p. 176.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 24.

¿No tiene también cierta correspondencia esta frase del que fue profesor del Collège de France: «No existe el hombre interior», con esta otra tomada al azar de Sender: «...la vida interior no es más que la vida exterior esencializada»? Pero lo principal es dejar constancia de que Merleau-Ponty reafirma de modo más sistemático la intuición senderiana de la unificación de todas las doctrinas en una especie de concretismo trascendente y la superación de los límites de las ciencias en una abertura de interpretación «au fur et à mesure» de la vida misma en una sociedad.

- *Camus*. Puede que lo que de buenas a primeras más aproxima Sender a Camus sea la común simpatía por el anarquismo –o más propiamente por el anarquismo español– del autor de *La peste*; pero también coinciden en cierto trayecto del recorrido hacia el absurdo, sin abocar al mismo desagüe. La conciencia del absurdo, para Albert Camus, es la espuela de su razón de ser en el ser de razón que es el hombre. El destino del hombre, alumbrado por la temblorosa y corrosible antorcha de su conciencia, es, para Camus, estar constantemente alerta y en vilo siempre en la brecha contra la injusticia y la mentira, ganándole sin parar terreno al absurdo omnímodo. En cambio, en Sender es el absurdo un componente de conciencia con el que hay que contar *positivamente*. Sender no piensa el mundo en términos tan heroicos ni exasperados como Camus (insostenible por largo tiempo y quizá por eso «quemó» tan pronto su vida y obra), pero fue seguramente este gran escritor hispano-alsaciano-argelino de la *intelligentsia* en la resistencia francesa un buen ejemplar humano de creador para Sender.

Podríamos contrastar el pensamiento de Sender con muchos más portavoces metafísicos y mentores de la filosofía política, pero con los aportados nos parece ya bastante para hacer una tría de lo común, lo distinto y lo original. Si bien nos podría interesar hacer ver, por último, en qué medida el pensamiento senderiano se anticipa a los modernos movimientos de los años 50 y 60. Para este punto concreto remitimos al lector a nuestro ensayo *La verdad de Ramón J. Sender*,⁶¹ limitándonos aquí a señalar las innovaciones que representa Sender en el pensamiento contemporáneo:

—Los *ganglios* como centro o núcleo de la *hombría* (subrayamos las palabras o frases-clave que denotan la idea inédita original):

—Los «ganglios» entroncan con la interpretación de los mitos de Lévy-Strauss y con la oleada de retorno al *chamanismo* y a la religiosidad antiobjetiva de la contracultura. En última instancia, los ganglios de Sender son como los fundamentos en que arraigar y hacer fructificar un renuevo de entendimiento y comportamiento humanos de la mayor profundidad ontogénica y filogénicamente.

⁶¹ Francisco CARRASQUER, *La verdad de Ramón J. Sender*, op. cit., pp. 109-114.

—La «hombría» es la antípoda de «persona». El hombre es el hecho puro. La persona es la vuelta del hecho sobre sí mismo. La persona necesita del tiempo. Pero la hombría desconoce el tiempo. Para el sujeto de «hombría» todo es presente.⁶²

—Los *filtros*. «Esos filtros que actúan en todas las formas de nuestra sensibilidad [ojos-oidos] nos protegen constantemente contra el ataque de la luz, el sonido, las formas. Pero el mayor de esos filtros [y aquí la novedad que me parece absolutamente original] es la inteligencia. La tenemos no para comprender, sino sobre todo para «no comprender demasiado».⁶³

—La *muerte como comprobación* del hecho moral del hombre y *rectificación* de la naturaleza.⁶⁴

—*Suicidio: crimen de amor*. «... estoy tan gustosamente dentro de mi cuerpo —sin saber quién soy— y quiero tanto a la vida —sin saber lo que es—, que mi suicidio será como un crimen de amor».⁶⁵

—«Si yo acabo, conmigo acabará todo el dolor del mundo». *¡Qué fácil, aquella tendencia a acabar!* "Por eso se mata en la guerra, sin dificultad, porque matamos a nuestra propia imagen y tenemos en cierto modo esa impresión de *destruir algo que forma parte de nuestra presencia*".⁶⁶

—«Amemos nuestros ganglios que saben más de nosotros mismos que nuestra razón. *El hombre sabe mucho más que lo que cree saber* y esa sabiduría inexpresada está en lo ganglionar».⁶⁷

—«¡Qué maravillosa aventura está corriendo Dios en cada uno de nosotros».⁶⁸

—«Todos quieren entender la vida, pero *no hay más vida verdadera que ese esfuerzo de nuestro entendimiento*».⁶⁹

—«La vida está bien, pero yo creía otra cosa. Sin embargo, la verdadera vida está en esa fe con la que yo creía la otra cosa».⁷⁰

—«Mi lema, Eva: *por el conocimiento a una ignorancia creciente*».⁷¹

62 Ramón J. SENDER, *La esfera*, op. cit., p. 97.

63 *Ibidem*, p. 9.

64 *Ibidem*, p. 27.

65 *Ibidem*, p. 20.

66 *Ibidem*, p. 21.

67 *Ibidem*, p. 210.

68 *Ibidem*, p. 272.

69 *Ibidem*, p. 273.

70 *Ibidem*, p. 274.

71 *Ibidem*, p. 275.

—«El conocimiento no es más que la lucha por el conocimiento».⁷²

—«Yo no he sido un verdadero racionalista hasta que he comprendido que es, precisamente, *en los milagros donde se afirman las leyes de la naturaleza*».⁷³ Posición diametralmente opuesta a la de Spinoza, para quien el milagro es la negación de Dios; pero Sender no entiende aquí el milagro como prodigio sobrenatural, sino como natural prodigio dentro del universal prodigio omniabarcante que es la naturaleza toda.

—«Admirar no es amar. Nos aman por los defectos. El amor verdadero es el esfuerzo necesario para 'digerirlos'».⁷⁴

—«Para nuestros ganglios, la digestión de las religiones, con sus símbolos y sus mitos (pero no con sus credos), es fácil y estimulante».⁷⁵

—«La aspiración de todo el mundo a la felicidad, sabiendo que es imposible, es más *religiosa* que todos los ascetismos».⁷⁶

—«Toda acción es su propio símbolo y *el de la acción contraria*».⁷⁷

—«La fe nació antes que el milagro».⁷⁸ Con lo que se ve lo que queríamos decir antes: que Sender entiende el milagro, no como prueba y refuerzo de la fe, sino que el milagro viene después de la fe como un epifenómeno de la misma.

—«*La rosa es el ocio de Dios*, se podría decir, y el aroma es el ocio de la rosa. En cuanto al azar es la gran aventura de la perfección de la realidad. La realidad afronta sus grandes riesgos para obtener *la obra maestra: el azar*».⁷⁹ La primera frase es poesía pura, pero una poesía que avanza por los horizontes del conocimiento, como quiere José Ángel Valente; y ese conocimiento no tiene por qué ser críptico, sí parecerlo. Así como esa «realidad» que arriesga por la obra maestra que es el azar puede muy bien ser la vida y, naturalmente, con mayor razón, la vida del hombre, puesto que para que haya riesgo ha de haber conciencia, así como para que haya conciencia de azar ha de haber previamente conocimiento efectivo de algún orden causal o causante.

—«*La civilización* —decía Saila, muy seguro de sí, viendo la decepción de la mayoría— *va haciendo del buen hombre un malvado escéptico* preso en una

72 *Ibidem*, p. 276.

73 *Ibidem*, p. 282.

74 *Ibidem*, p. 182.

75 *Ibidem*, p. 100.

76 *Ibidem*, p. 284.

77 *Ibidem*, p. 285.

78 *Ibidem*, p. 285.

79 *Ibidem*, p. 273.

jaula de ideas *morales*». ⁸⁰ Uno se espera que sea jaula de barrotes alicortantes, pero no, *morales*, más allá de la libertad del mercenario y más acá de la anquilosis mental.

—«Soy un águila verdadera, sólo que con vértigo». ⁸¹

LO ARAGONÉS EN SENDER

El primer capítulo del libro de Ramón J. Sender titulado *Solanar y lucernario aragonés* trata de «Aragón y los aragoneses», ⁸² así que cae de lleno en nuestro tema, aunque no de dentro afuera, como él hace, sino de fuera adentro, desde el tema a nuestro autor.

Empecemos por ver cómo define Sender a su tierra y a sus paisanos. En sustancia, para Sender, el aragonés se distingue por su individualismo y por su talante liberal. Y hacia el final del artículo de referencia, el escritor se acoge a un famoso apotegma del gran filósofo Kant, según el cual la belleza estaría reñida con lo sublime, y dando por sobreentendido que el aragonés no tiene que ver con lo primero pero sí con lo segundo Sender acaba diciendo que se queda «preferentemente con el aragonés feo y sublime», antes que, por ejemplo, con el francés bonito y frívolo, pongamos por caso, por no tocar otras regiones de Iberia siempre peligrosas de comparación.

En eso hay para andar y desandar, claro. Popularmente se habla de la «nobleza baturra», por un lado, y por otro de «brutos, pero nobles», que no es lo mismo que «nobles, pero brutos». Lo primero sería tanto como reconocer que los aragoneses son como diamantes; pero lo segundo que son como caballos cimarrones.

En realidad, Sender no se sale aquí de las dos categorías que pueden adscribirse igualmente a todo español, dicho sea generalizando, por descontado. Pero en estos intentos de abordar y hacer presa en definiciones étnicas eficaces, no hay más remedio que atreverse a errar por aproximación y esperar a que la aproximación tenga visos de abarcar al mayor contingente posible. Luego esa doble caracterización senderiana podría ser muy bien una cuestión de grado, que es de lo que yo creo que se trata siempre. Después de haber pasado cuarenta años en el extranjero, puedo decir que, en efecto, todos los hombres somos sustancialmente iguales y sólo diferimos de más o menos esto o lo otro. Por lo demás, esos dos rasgos étnicos característicos de los pobladores de Iberia se dieron en cierto modo ya en Estrabón, geógrafo griego contemporáneo de Jesús de Nazaret, quien habló de los españoles (con perdón del malogrado sabio, nuestro don Ramón Menéndez Pidal, quien nos enseñó que los españoles tardarían aún unos diez o doce siglos para poderse lla-

⁸⁰ *Ibidem*, p. 144.

⁸¹ *Ibidem*, p. 264.

⁸² Ramón J. SENDER, *Solanar y lucernario aragonés*, Zaragoza, Ed. Heraldo de Aragón, 1978, pp. 9-14.

mar así), de los futuros españoles, pues, llamaránse entonces iberos, celtíberos, iberorromanos o bárbaros de las Españas, como gente muy suya, muy enquistada en su individualismo, como muy «disepimictoi», o sea, muy reacios a mezclarse, a amalgamarse... Por algo, pues, el estadista catalán Nicolau d'Olwer dio con esta fórmula para proponer una óptima convivencia entre españoles y entre sus regiones o naciones históricas: «Deseo de unión e imposibilidad de *amalgama*» (ya saben, eso de combinar ese metal tan vivaz que es el mercurio con otros metales). Por lo demás, ya lo tiene todo eso bien expuesto nuestro Joaquín Costa al hablar de la práctica foral aragonesa. De paso, se nos explica así lo del individualismo liberal o lo del liberalismo individualista. En resumidas cuentas, Sender parece por su parte proponernos en ese artículo que seamos menos individualistas y más liberales. Pero tanto lo uno como lo otro necesita un regulador intrínseco que evite los extremos, no sólo peligrosos en potencia, sino francamente nefastos. Si el individualismo no lleva en su propio seno el imperativo de igualdad, puede ser injusto, cuando no criminal; y al igual si el liberalismo se entiende como ley de la selva, como mercado salvaje, algo así como lo que sobreentiende la famosa frase de la izquierda histórica: «Tener la libertad de morirse de hambre». Sabido es que la palabra *liberal* se inventó en España... ¿Quién lo diría?... ¡Con la fama que nos ha echado encima la leyenda negra de inquisidores, oscurantistas, cavernícolas y reaccionarios! Lo bueno es que el adjetivo *liberal*, que se estrenó en la lengua española para todo el mundo, no significaba lo que significa hoy como tendencia opuesta a todo socialismo y en cuanto sistema económico basado en la iniciativa privada, sino como tolerancia, entonces, como un sentir democrático que prescinde de teocracias, clericalismos, dogmatismos y absolutismos, principalmente.

Pues bien, en Sender tenemos a un extremado representante del individualismo/liberalismo aragonés, así como Aragón lo es para con España. Lo que pasa es que ni Sender ni el aragonés han tenido que esforzarse para ser individualistas. Ya viene la cosa de tan lejos como en tiempos de los Indívil y Mandonio y los Viriatos, como personas; o los Saguntos y Numancias como colectivos –que diríamos hoy–. Mientras que lo de ser liberales ha habido que aprenderlo y aprenderlo, hasta hoy mismo, porque no estamos aún, ni muchísimo menos, al cabo de la calle en este punto. Pero limitándonos a nuestro autor, ¡cuántas veces no vemos a Sender esforzarse en vencer su virulento individualismo con un gran frenazo de razón liberal! Porque es bien sabido, además, que el superindividualismo aragonés cobra, en la historia de sus grandes hombres, netos caracteres de rebeldía, de una rebeldía que se ha confundido demasiado frecuentemente con la herejía, o con la deslealtad «desnaturalizada». Otra palabra, ésta de lealtad, que necesita su apoyo racional y ético, porque si siempre hubiésemos tributado pleitesía (una forma de lealtad) al poderoso de turno, estaríamos aún en las cavernas... repletas de esclavos al servicio del Amo.

Figuran como ejemplos de individualismo y talante liberal, en el capítulo citado de Sender, toda una larga lista de aragoneses de pro:

... desde Alvaro de Luna (queriendo exterminar a los infantes de Aragón o evitar ser exterminado por ellos) y su amigo, el marqués de Villena, hombre de ciencia que se libró apenas de la hoguera, pero quedó en la historia con fama de brujo. Desde los reyes como Ramiro, que abdicaban para hacerse frailes, pero le dejaban el trono a un catalán, hasta los cardenales y arzobispos Aragón o Luna, alguno de los cuales lo era a los siete años de edad y no dijeron nunca misa, pero donaron enormes riquezas al pueblo en los siglos XIII, XIV y XV. Desde el sabio naturalista Félix de Azara hasta Costa y los ácratas Durruti,⁸³ Escartín, mártires estos últimos de la libertad, los casos de individualismo heroico son constantes. Costa representa todavía hoy una doctrina viva y virgen.

Y ésta es nuestra única gloria (no es poca). Hay algunas docenas de hombres aragoneses que resumen las glorias todas de Aragón: Azlor [la heroína condesa], Luna, Aragón, Villahermosa, Borja, Bolea y Abarca, Lanuza, Aranda, Gurrea, Espés y otros muchos que harían la lista interminable, representan la nobleza y suele ser [ésta] liberal. No menos nobles son los que representan el pueblo genuino (también liberal) en el terreno de las artes y las letras y también en la acción política: Damián Forment (no estoy seguro de que naciera en Aragón),⁸⁴ los Argensola, Baltasar Gracián, Zurita, Miguel de Molinos, Miguel Servet, los Garcés (misioneros y mártires en América como los Borja en Oriente), Francisco de Goya, Ramón y Cajal y otros que se extravían en el laberinto de mi memoria y en la fluidez de la expresión escrita.⁸⁵

Seguramente hay, en la historia de Aragón, mayor cantidad de caracteres recios de un individualismo superafirmativo que en otras regiones. Pero este rasgo no viene a ser nota tan distintiva y hasta privativa para caracterizar al aragonés como la constatación que más adelante y en otro capítulo del mismo libro nos apunta. Se trata del titulado «Etología con música», todo el cual es muy original, empezando por su mismo título, como se ve, porque si «etología» quiere decir 'estudio del comportamiento', aunque puede tener por objeto el hombre y el animal, suele llamarse más bien etólogo al que se ocupa de estudiar el comportamiento de los animales, puesto que para los hombres ya tenemos el término de psicólogo (que lo que antes llamaban los escolásticos «el estudio del alma» hace ya mucho tiempo que se denomina «estudio del comportamiento humano», dado que, ¿cómo se puede estudiar el alma? o ¿cómo se puede estudiar a Dios, de quien, según Calderón de la Barca, es el alma patrimonio y sólo de Él?).

83 En varias ocasiones pone Sender en el saco de los libertarios aragoneses a Durruti, sin haberse enterado nunca, por lo visto, de que Buenaventura Durruti era leonés.

84 Efectivamente, es de origen valenciano, aunque se le reconoce como conspicuo representante de la escultura aragonesa del Renacimiento.

85 Ramón J. SENDER, *Solanar y lucernario...*, op. cit., pp. 10-11.

Tal vez aquí, tratándose de asociar al aragonés con los personajes de la ópera como se trata, valga el término más neutro, porque en realidad entre los personajes que aparecen los hay más bien mágicos, incatalogables, en todo caso entre el héroe, el santo, el brujo y el demonio. Y es que se trata de una ópera, ya lo habrán adivinado: de la ópera de Richard Wagner *Parsifal*. Aunque toda la cuestión viene planteada por una especie de «petición de principio» senderiana: a partir del postulado según el cual el aragonés va por el mundo sin máscara, Sender nos hace descender de Parsifal, ¡nada menos!, quien también aparece sin careta, como puro, radiante de inocencia y candor que él es; y por eso mismo, con su espada virginal y sagrada, ha de sanar a Amfortas, el guardián del Santo Graal, de su herida siempre abierta y sangrante, la cual no se podrá cerrar hasta que no la toque (¿cauterice?) la punta de esa espada del Inocente.

Pero en esta ópera, seguramente la más grandiosa de todas las creaciones de música religiosa de Wagner, hay un motivo de la mayor importancia que no recoge Sender. Y es que la inocencia de Parsifal se hace sabia por la piedad o, tal vez mejor, por la compasión. Y se me ha ocurrido tener muy en cuenta este dato para salvar –en lo salvable– al aragonés, su *hombría*, ese término-cumbre en Sender. Bastaría con poner en parangón el ejemplo de nuestro Baltasar Gracián en su *Criticón*: Andrenio, el salvaje natural desnaturalizado, frente a Critilo, el prudente civilizado que quizá no logre convertir la inocencia del primitivo en sabiduría, porque no ha mediado la compasión, sino que ha primado la pasión sola, las pasiones sueltas. Gracián sigue la corriente literaria tan española del desengaño, desde Quevedo. Una muestra bastará para poner temperatura gracianesca: «...De suerte que, si bien se nota, todo cuanto hay se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da prisa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila y el que ayer fue hombre, hoy es polvo, y mañana nada» (*El Criticón*, I, crisis VII).

No es, pues, el salvaje gracianesco el símbolo de lo más natural por ser lo más bello, tal como en las *Soledades* de Góngora se nos aparece la naturaleza; ni una sátira salutífera como el *Don Quijote*, a pesar de los tentadores paralelismos; sino un precedente del *Candide* de Voltaire, pero al revés (basta señalar que el subtítulo de esta famosa obra voltaireana es *El optimista* para estar seguro de que Gracián se halla en las antípodas). En lo que coinciden ambas obras es en tomar al salvaje como pretexto para ejercer, a través de él, una acerba crítica de la sociedad humana, pero el jesuita sin salida mundana y el deísta con esperanza en la capacidad del mundo de mejorarse. Mientras que en el *Parsifal* de Wagner la inocencia y el valor del cándido selvático se salvan por su capacidad de sentir pasión *con*, en otras palabras: *amor*. Puro amor. Y amor puro.

Ahora bien, Wagner sitúa la ópera en España y Sender la ubica más concretamente en un lugar del Pirineo aragonés: la sierra de Gratal, en la que hay una laguna como la de las aguas lustrales de la ópera.

O sea, y resumiendo: que no ha de bastar ser inocente (como Andrenio), sino sabio y sin miedo, sin máscara, como Parsifal. Pero para pasar de inocente a sabio hay que sufrir y gozar con los demás, o con el objeto del amoroso sacrificio. Y esta empatía en el amor es lo que le falta al personaje de Gracián y lo que justamente hay que añadir a la *hombría* senderiana. Verdad es que Gracián hace pasar por el calvario de la vida al hombre para hacerlo sabio ya en la muerte, como él mismo dice en atroz laconismo: «Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer le restituye al morir» (*El Criticón*, crisis I). Pero cuando es demasiado tarde, ¿no? Como diría Cela: «muerto el burro, cebada al rabo».

Esto no obstante, Aragón ha estado muy bien servido de no pocos hijos suyos que han sido personajes sabios con *hombría*, empezando por Servet y acabando con el grupo de maestros oscenses, mártires de la ignorancia, que se habían propuesto hacer de nuestra España una nueva Grecia: Patricio Redondo («Paco Itir»), Evaristo Viñuales, Francisco Ponzán, José Carrasquer, discípulos todos del gran pedagogo Herminio Almendros, refugiado en Cuba.

Como mucha *hombría* y sabiduría tiene también Sender, porque a pesar de su fiero individualismo, siempre estuvo abierto a las ondas de dolor en su torno, tanto como periodista cuanto como novelista, que por ambos medios ha sabido transmitir magistralmente al mundo las masacres del poder protervo y las injusticias intencionadas o involuntarias. Por eso le he llamado *sintónico* a Sender,⁸⁶ porque está siempre en antena (dicho en jerga radiofónica). Si ustedes quieren, vamos a repasar un poco su obra y verán cómo sintoniza con su circunstancia y su mundo humano:

- *Imán*, su primera novela, la escribe tras su experiencia en Marruecos, recogiendo la onda, todavía no del todo amortiguada, de lo que había ocurrido un año antes de su llegada al Rif, el desastre de Annual, y reavivándola al máximo;
- *O. P. (Orden Público)*, su segunda novela, la escribe a raíz de su «hospedaje» en la cárcel Modelo de Madrid, haciéndose eco de las miserias y humillaciones vividas y convividas con los demás presos;

⁸⁶ Francisco CARRASQUER, «Sintónico Sender», *Letras Peninsulares*, 3/2-3 (1990), 417-422.

- *Siete domingos rojos* es una transferencia sentimental casi de psicoanálisis, un sociodrama novelado, también trasunto de las luchas libradas con mucha pena y nada de gloria por el anarcosindicalismo español, *in casu*: luchas urbanas en Madrid;
- *Viaje a la aldea del crimen* es un reportaje valiente que se hace novela de atroz denuncia de una cruel represión contra unos inocentes pueblerinos que habían creído en la revolución social;
- *Mister Witt en el cantón* es una rememoración tan sentida como sabia de la primera gran decepción de una parte del pueblo español que ha de enfrentarse, por querer implantar el federalismo, al gobierno de Madrid... ¡federalista!
- Y después de *Contraataque*, un libro de encargo en favor de la República de cara al extranjero que, a pesar de eso, tiene páginas de alegato brillante y de observación fina de gran novelista, viene el largo exilio, hasta la muerte, en el que no para de escribir (a unos dos libros por año desde 1939 hasta 1982), primero escuchando el hilo de evocaciones infantiles y juveniles, segundo rememorando momentos de historia que rellena y revive con talento superior (yo siempre he dicho que ha escrito novelas históricas incomparables en nuestra literatura, especialmente *Bizancio*) y, tercero, recreando los mundos americanos, desde los precolombinos hasta los más recientes de ámbitos universitarios estadounidenses, pasando por narraciones cortas y largas de las comunidades hispanas incrustadas en los EE.UU., etc. Han estado exiliados en América escritores españoles a docenas, pero ninguno de ellos ha escrito tantos libros de y sobre su segunda patria transatlántica como Sender (cuento unas 20 novelas, seis novelas cortas y cuentos, además de dos largos ensayos).

Y a todo esto, siempre sin careta ni antifaz, siempre a cara limpia y a pecho descubierto. No le puede echar nadie en cara que haya escrito una sola línea por interés extraliterario, ni que haya seguido una consigna de nadie y menos de un partido político con el que pueda sospecharse haber entrado en tráfico de influencias u otras venalidades. Ahora, eso sí, como tantos otros aragoneses de pro ha sido más celebrado fuera que dentro de Aragón: como los Argensola por Madrid, Gracián por los alemanes, Goya por Francia, Ramón y Cajal por todo el mundo científico y Buñuel por Méjico-ciudad y París, etc.

A propósito de Ramón y Cajal y Ayerbe, pueblo que el gran histólogo tenía por su pueblo natal, escribe Sender: «Patria, memoria y amor van juntos». Pues lo que es por falta de memoria y amor no quedará la patria (chica) de Sender, porque la ha memorizado con muchos cientos de páginas y la ha amado como nadie a través de su madre implícitamente y muy explícitamente por mor de Valentina, de la que hace en su primer tomo de *Crónica del alba* una joya literaria luciendo en un joyero cuasi biográfico de una poesía penetrante y conmovedora.

Dice Sender en otro libro suyo, *Monte Odina*, pozo de ciencia amena que publicó ya casi octogenario:

Suele el aragonés ser generoso y razonable. Es fácil entenderse con él. Pero si se llega a los extremos de la violencia, es duro y puede ser implacable. El origen de esto –según creo y a juzgar por mí mismo– es que no tenemos miedo a morir. La muerte es algo fatal e inevitable. Entonces, ¿por qué preocuparse y pensar en ella? Ella piensa en nosotros y con eso basta. Por otra parte, cuando es obra de Dios –la muerte natural por enfermedad o por vejez– no puede ser cosa temible. De Dios no puede venirnos mal alguno.⁸⁷

Está muy bien que diga que el aragonés es razonable. Porque, que es generoso lo sabe y lo admite todo el mundo. Sobre todo, los que se alojaron en los pueblos que estaban cerca del frente en la última guerra civil. ¡No se esperaban los pobres milicianos o soldados ser tratados como de la familia y ser despedidos con abrazos y llantos como si fueran los hijos de la casa a la que habían ido a parar! Decía que está bien que recuerde Sender que el aragonés es un ser humano razonable, porque con la mala fama que nos hemos ganado de brutos y bastos da la casualidad de que más de un aragonés ha dado ejemplo al mundo de buen gusto, de elevado raciocinio y de brillante dominio de las artes, cuando no genial maestría, desde el bilbilitense Marcial hasta nuestro Tomeo de hoy, o desde los Argensola hasta los Labordeta, o desde los «primitivos» aragoneses hasta Antonio Saura, pasando por la cimera figura de Goya, una de las tres o cuatro estrellas de primera magnitud de toda la pintura universal. Y si por un lado tenemos al máximo representante de la agudeza y el conceptismo alambicado que es Gracián, por otro tenemos en Sender al más vasto y hondo creador de ficción enriquecedora del espíritu y siempre flotando en poesía.

En cuanto a lo de violento nos parece que también aquí es cuestión de grado, pero lo bueno es el inciso entre guiones: «...a juzgar por mí mismo». Ya que todo conocedor de Sender sabe que su biografía está salpicada de anécdotas provocadoras y provocadas por un pronto, un repente, un exabrupto, una explosión iracunda contra la tontería o la hipocresía sobre todo. Claro que nadie tiene la culpa de ser tonto, pero lo que le irritaba a Sender era la tontería sin noción del ridículo y pegada a sabihondez y pedantería. Ahora, para la hipocresía sí que no había paliativos, era lo aborrecido *per se*, la fobia.

Aunque lo más importante de la cita es, naturalmente, cuando dice de los aragoneses que a veces somos violentos hasta el heroísmo porque no tenemos miedo a morir. De momento no me atrevo a negarlo a rajatabla, porque yo mismo he conocido a más de un paisano sin miedo a morir (y no digo nombres por no

⁸⁷ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, *op. cit.*, p. 45.

favorecer y desfavorecer gratuitamente, pero podría darlos, que no en balde he hecho la guerra del 36-39 de punta a punta siempre en el frente..., por no hablar de otros trances peores que la guerra). Pero los hay también –y creo que muchos más– que se comportan *como si no tuvieran miedo*. Y aun este sector humano aragonés lo dividiría en dos subsectores con sendas actitudes típicas: los que se comportan como sin miedo a la muerte por orgullo desmesurado, por pundonor o por puntillito, y los que *se lanzan* al peligro mortal por pulsión *no perceptiva*; quiero decir que, como la sensación que no llega a ser percepción, lo hacen sin tener conciencia del peligro de muerte que arrostran. Pura pulsión.

Volviendo al individualismo soberano de Sender sobre su primordial actividad, ha escrito:

Yo siento la responsabilidad que me corresponde como novelista. Pero debo confesar que no hago esfuerzo alguno y que sólo escribo aquellas cosas que me producen placer como, cuando y donde quiero.

Si estuviera permanentemente en España tal vez haría cosas más merecedoras de atención.⁸⁸

La primera parte se la creemos a pie juntillas. Le creemos muy capaz, en efecto, de ponerse a trabajar de rondón y quedarse trabajando toda la noche, pero estar luego una semana sin escribir palabra, o porque no le aprietan las ganas o porque algún amor lo distrae. En lo único que podría ser que se sintiera obligado sería frente a la agencia ibero-americana que le distribuía sus artículos con una regularidad periódica pura. Pero lo que nos deja algo pensativos es la segunda parte, al confesarnos que «si estuviera permanentemente en España tal vez haría cosas más merecedoras de atención». Aclaremos que lo dice hablando de teatro. Equivale, por tanto, a una lamentación, porque aunque Sender haya escrito teatro (unas nueve o diez obras, por lo regular breves), la verdad es que no ha podido ejercer de «agitador» de su propia sociedad ni de campana de rebato para su parroquia desde el escenario. Sender sabe, y lo ha dicho más de una vez, que es el teatro el género que más incide y puede influir en la opinión pública sobre un tema candente de actualidad, por de pronto, y en la mentalidad de su tribu a más largo plazo. Sin excluir que, logrando un gran teatro, sea capaz de causar admiración, grandes emociones y enriquecimiento espiritual a todo el mundo y en todos los tiempos, como ha conseguido un Esquilo, un Tirso de Molina, un Lope de Vega, un Calderón de la Barca, un Shakespeare, un Molière, un Ibsen, un García Lorca, un Beckett...

Lo que ya no me parece tan lamentable es que sus novelas las haya tenido que escribir en el exilio. Porque a la literatura no le va mal la distancia, al contrario. Algunas obras, y entre las más importantes, estoy seguro que han ganado al

⁸⁸ *Ibidem*, p. 46.

haberlas escrito lejos en el tiempo y en el espacio. ¿Acaso desmerecen *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, *Tres novelas teresianas*, *Las criaturas saturnianas* o *Bizancio* –escritas en el exilio– frente a *Mister Witt en el cantón* –escrita en España–? En absoluto, sobre todo frente a *Bizancio*, que es la obra maestra indiscutible de la novela histórica española.

Refiriéndose a la gente del campo de Aragón, comenta: «Recuerdo accidentes graciosos *no de baturrería* (que son idiotas), sino de malentendidos campesinos en materia de religión o de costumbres y leyes». Lo de «baturrería... idiota» era de esperar. Siempre que ha podido hacerlo oportunamente, ha ridiculizado Sender todo lo grotesco que rodea a lo baturro. Y más adelante expone una observación interesante: «Lo bueno de los campesinos españoles, especialmente los de Aragón, es que no se sienten nunca fuera de lugar ni tratan los mayores de discriminar a los inferiores. En otros países ser campesino (*hill billy* en U.S.A., *cul de terre* en Francia, etc.) es una circunstancia que suscita alguna clase de desdén». Lo mismo puedo decir del *boer* holandés [léase *bur* y *buren*, no *bóer* ni *bóers* como se dice (mal) de los que hicieron la guerra en Sudáfrica contra los ingleses]. El *boer* en Holanda se siente ya él mismo distinto y está en el mundo o en sociedad con el complejo de pertenecer a una clase inferior y despreciada. Porque lo que más realza Sender no es que al campesino español se le discrimine menos que al de otras naciones, sino que él mismo no tiene complejo de inferioridad al presentarse ante los de ciudad. Entre nosotros, el campesino tiene una acogida contradictoria: por un lado más bien se les considera a los campesinos y pastores como gente prudente y sabia, aunque por otro se les tilde de tacaños y cortos de horizonte cultural. Mas los peyorativos *paleta*, *cateto*, *palurdo*, *patán* o *provinciano* no tienen por qué referirse exclusivamente a los campesinos, aunque se sobreentienda que lo sean, pues los hay merecedores de esos piropos que trabajan en las fábricas y talleres y que incluso regentan un comercio.

Por lo demás, es un fenómeno conocido por todos los hispanistas del mundo (ya esto del hispanismo es un fenómeno muy peculiar) que al campesino español se le tiene por hombre sesudo y sentencioso. Entre muchos, puedo citar al hispanista alemán Werner Beinhauer, autor de un libro de 448 páginas titulado *El español coloquial*, quien se deshace en elogios de la gente de nuestro agro y le está muy agradecido por la riqueza que le ha prestado para su erudito tratado lingüístico. En las hablas del campo español ha encontrado tesoros de agudeza mental y de metáfora tan realista como poética que a nosotros mismos, los lectores españoles de su libro, nos deja boquiabiertos de admiración, empezando por el tanto tiempo Director de la Real Academia Española de la Lengua, el gran poeta Dámaso Alonso, que le prologa el libro.

Otro tema de interés en este contexto podría ser lo que escribe Sender acerca de los castillos de Aragón:

Se puede decir que en Aragón hay más castillos que en Castilla. Al menos uno por aldea y otros en las entradas y salidas de las sierras, las cañadas y los valles. Se cuentan más de trescientos.

Recuerdo algunos con nostalgia. Por ejemplo el de Sancho Abarca, cerca de Tauste. La planta baja, todavía en pie, es habitable, y yo he pasado por allí algún verano. La estructura de conjunto no tiene belleza o al menos grandeza decorativa. Sólo se conserva la torre del homenaje medio derruida y el cuerpo central y habitable del castillo. [...]

Los subterráneos del castillo los descubrimos mi padre, un cabo de guardas rurales y yo. [...]

Algo de eso lo cuento en la primera parte de *Crónica del alba*, es decir, en los tiempos de mi noviazgo con Valentina. Desde aquel castillo cuya planta baja es, como digo, habitable, veía otro en el municipio de Ejea de los Caballeros todo él torres y espadañas, almenas y atalayas. [...]

Pero el de Ejea era el castillo con el que soñamos cuando pensamos en la Edad Media española. Era como esos que pintan los decoradores de teatro para óperas como *El trovador*.⁸⁹

Más adelante exclama:

¡Qué diferente, la evocación de aquellos castillos, llena de color y relieve históricos! Por ejemplo, el castillo-colegiata de Alquézar, que fue fortaleza de sarracenos hasta 1069 en que la conquistó el que fue primer prior agustino. [...]

Yo estuve muchas veces en Alquézar, uno de los pueblos medioevales más puros de España. Piedra, piedra, piedra labrada. Los españoles nostálgicos tenemos mal de piedra, como Felipe II en El Escorial.⁹⁰

Quiero añadir algo más sobre Alquézar. Es el pueblo que sugiere mejor el ambiente medioeval en Aragón. Se sube al castillo por una rampa entre altas murallas bien conservadas. A la izquierda, el nicho con las santitas,⁹¹ y a la derecha, la muralla romana con una de sus torres convertida en campanario. La rampa sube en un zig-zag muy acusado a la meseta rocosa del antiguo castro y de la colegiata. Se confunden los muros con el roqueado natural y lo prolongan por los costados o hacia arriba, mineralmente conscientes de su interdependencia. [...] Hay escudos con las barras de Aragón en losanaje.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 314.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 320.

⁹¹ Las «santirulicas» de piedra de que ha hablado antes: santas Nunilo y Alodia.

También algún ajimez. Y una torre fuerte como un gran cubo alargado sin puerta alguna ni otro acceso que una alta ventana con el alféizar adecuadamente dispuesto para que en él se apoye una larga escalera de mano. Debía ser aquella torre de veras inexpugnable. Y como no había saeteras ni ajimeces ni galerías se debía defender solamente desde la cresta almenada.⁹²

¿No han sorprendido ustedes una punta del panteísmo senderiano en eso de «mineralmente conscientes»?

Un poco sobre Goya ahora, ¿no?

Goya tiene las cualidades y los defectos de un aragonés típico, y el aragonés es hermano del hindú, del irlandés del norte o del sur y del australiano. El planeta es pequeño, pero nosotros podemos ser inmensos. Ya se sabe que el aragonés es sincero a costa de todo. Se puede expresar esta misma opinión de un modo más gráfico y al mismo tiempo más breve y condensado diciendo que Goya es el genio aragonés, es decir, el hombre sin máscara.⁹³

En los tiempos en que vivió la falta de máscara era, como ahora, de una peligrosidad evidente. Goya fue pintor de la corte de Carlos IV y testigo de su caída, de su secuestro, de la guerra de la Independencia y de las consecuencias que en el país entero y en la corte de Madrid tuvo la caída de Napoleón.

La falta de máscara de Goya le obligó a conducirse de una manera que para un observador superficial parece contradictoria. Era un patriota sincero y apasionado, pero de un arraigado liberalismo. Y tuvo que ir a morir lejos de su patria, en la atmósfera de los que habían sido enemigos de España y de Aragón.⁹⁴

Es verdad, fue desgarrador aquel trance de los afrancesados que estaban esperando como el santo advenimiento la llegada del ejército republicano francés para darle un vuelco a la situación española de siempre, negada para el pueblo, y ver que ese mismo ejército ametrallaba a este mismo pueblo. Muchos liberales afrancesados siguieron las huellas del poeta Quintana y se pusieron a trabajar con ardor al lado de las Cortes de Cádiz, que elaboraron la primera Constitución española. Pero otros, como Meléndez Valdés, el poeta ilustrado anacreóntico, o como el mismo Goya, tuvieron que ir a morir a Francia, perseguidos por la *reacción* tan

⁹² *Ibidem*, p. 324.

⁹³ ¿Por qué nos atribuirá esa triple hermandad? Lo dice porque cree que el aragonés tiene la vida interior de un hijo de la India, la ciclotimia tragicómica del nacido en la verde Erin y la vasta horizontalidad mental del pastor de merinos de la austral isla-continente.

⁹⁴ Ramón J. SENDER, *Monte Odina, op. cit.*, p. 251.

reaccionaria de aquel pueblo español tan escarmentado que, loco de desengaño, gritaba «¡Vivan las cadenas!». Algo parecido les ocurrió a muchos comunistas cuando vieron los tanques rusos desplegados por Budapest en 1956 y por Praga en 1968.

Prosigue Sender sobre Goya:

El lujo de no tener máscara se paga caro, a veces. Así le sucedió a Miguel Servet, sabio religioso de fama y de influencia mundial, que nació en Villanueva de Sigüenza, y al no menos famoso Baltasar Gracián. El heroísmo de los tres lo reconocemos fácilmente en las figuras de los grandes aragoneses. Y se caracteriza por esa misma circunstancia: la falta de máscara.

Para negarse a tener máscara hay que aceptar las consecuencias siempre dramáticas y a menudo trágicas.

Si en griego «persona» es lo mismo que máscara, y así se llamaba además a la que usaban muchos personajes representativos de vicios o virtudes de la escena, en español también suelen ser lo mismo y lleva implícita la llamada personalidad una dosis de disfraz y de hipocresía. No siempre esa hipocresía es culpable, porque hay una cierta hipocresía defensiva que es permisible a los débiles y una honesta capacidad de disimulo para los fuertes que no deben decir a una mujer fea que lo es, ni a un hombre bondadoso, pero estúpido, que le falta inteligencia. [...]

Toda la obra de Goya es una manifestación desnuda de su hombría. Esa hombría de bien que es a veces difícil de entender porque suele hacer daño a la sociedad de las gentes, prácticamente conformistas. Goya era un gran carácter que se pasó la vida navegando contra la corriente, en aguas agitadas y tiempos borrascosos. [...]

Todo esto en relación con el carácter humano de Goya. Si nos referimos a su pintura tendremos que añadir que con ella destruía, sin proponérselo, la obra de la mayor parte de los pintores de su tiempo y oscurecía y hacía innecesaria la pintura de muchos que vinieron después de él. Sin proponérselo. Es una cualidad del genio, que llevando la meta de la perfección a niveles más altos la hace inaccesible para otros muchos artistas, al menos durante algunas generaciones.⁹⁵

Por fin, será aleccionador cómo un tan gran poeta francés como Baudelaire realiza el panegírico de *Los Caprichos* de Goya, allá por el año 1855, en el *Mercure de France* y que transcribimos según la traducción del propio Sender:

«Goya es siempre un gran artista, a veces un gran artista espantoso. Con la jovialidad de la sátira española de los buenos tiempos de Cervantes nos muestra un espíritu mucho más moderno o al menos que ha buscado y pretendido en los tiempos modernos el amor de lo inaprehensible, el sentido

⁹⁵ *Ibidem*, pp. 251-252.

de los contrastes violentos, del pánico implícito en las sorpresas de la naturaleza y de las filosofías humanas extrañamente animalizadas por las circunstancias. Así, vemos frailes bostezando como camellos, cabezas cuadradas de asesinos preparándose para los maitines, rostros pérfidos, hipócritas, refinados y malvados como aves de presa. Es curioso, me digo yo, que este genio anticlerical haya tenido, sin embargo, la obsesión –en *Los Caprichos*– de las brujas, los aquelarres, las diabluras satánicas, los niños que se cuecen «à la broche», todos los desenfrenos del sueño, todas las hipérbolos de la alucinación y además esas blancas y esbeltas españolas que las viejas celestinas preparan para el aquelarre o la prostitución nocturna, que es el aquelarre de nuestra civilización. La luz y las tinieblas hacen su juego a través de todos esos grotescos horrores. Recuerdo, entre otros, dos grabados extraordinarios. Uno representa un paisaje fantástico, una mezcla de nubes y rocas de altura. ¿Es el rincón de una sierra desconocida por los hombres? ¿Un ejemplo del caos? Allí, en el seno de ese teatro abominable, tiene lugar una batalla encarnizada entre dos brujas suspendidas en medio de los aires. La una a caballo de la otra la golpea, somete y domestica. Esos dos monstruos flotan a través de una atmósfera de terror. Todas las suciedades odiosas, todos los vicios que la mente humana puede concebir están escritos en esas dos caras que según una costumbre frecuente e inexplicable del artista son medio humanas medio animales.

El otro grabado representa un ser, un desdichado, una mónada desesperada y solitaria que quiere a toda costa salir de su sepultura. Demonios malintencionados, una mirada de feos gnomos liliputienses acumulan todos sus esfuerzos sobre la losa de la tumba entreabierta, para impedirlo. Esos guardianes vigilantes de la muerte se han coaligado contra el alma recalciante que se consume en una lucha imposible. Esa pesadilla se desarrolla en el horror de lo vago y de lo indefinible».

Con esta rara y aguda penetración sigue Baudelaire examinando *Los Caprichos* goyescos y es para mí un placer ver cómo los franceses (esclavos voluntarios y ciudadanos de «lo razonable»), que suelen evitar las fronteras de lo incongruente espantoso, saben asimilar la rara belleza de esos espantos que nacen precisamente del «sueño de la razón», como decía el mismo don Francisco. Claro que Baudelaire, sin dejar de ser un perfecto francés en el mejor sentido, era también un hombre capaz de asomarse con curiosidad a los panoramas ilógicos e insólitos de la vida.⁹⁶

Como decía otro francés ilustre, André Malraux, en su gran ensayo sobre Goya que titula *Saturne*, con dos frases finales:

Bien pronto los pintores olvidarán a costa de cuánta angustia este hombre [Goya] había levantado su arte solitario y desesperado contra toda la cultura en la que se había formado. No retendrán de esas cenizas aún des-

⁹⁶ *Ibidem*, pp. 253-254.

lumbrantes más que el acontecimiento del individuo, la metamorfosis del mundo en cuadros. Y sin embargo...

«C'est par une nuit pareille, Jessica...» Sí, en una noche como aquella el viejo exiliado, a quien su sordera hacía que escapara a las ferias con sus caballitos y a las chácharas de sus paisanos en tertulia en la chocolatería del amigo valenciano, fue cuando trató de hacer oír aún la voz más ávida de lo absoluto y más alejada de sí mismo que el arte haya conocido jamás. Tal vez en una noche como aquella, pintando ya casi ciego *El Coloso durmido* [sic], se acordara de haber sacado de la angustia sempiterna, por encima de los gritos oscuros de los demonios a su vez poseídos, al otro *Coloso* cuyo inquieto semblante sueña entre los astros... *Y luego comienza la pintura moderna.*⁹⁷

Me gustaría acabar con otro rasgo de generosidad y liberalismo étnico de Sender: su xenofilia. En general, no podrá decirse que los aragoneses seamos xenófobos ni racistas. Pero Sender nos da pruebas de ser capaz de amar otros pueblos y otras razas. Ya dejamos sentado con cuánta dedicación y respeto ha escrito sobre los americanos del norte, del sur y del centro. Por ejemplo, en la «Nota preliminar» a su obra de teatro *Jubileo en el zócalo* (que se había titulado antes, más reducida, es verdad, *Hernán Cortés*) escribe lo que sigue:

He escrito estas páginas libre de prejuicios, especialmente del prejuicio patriótico español o mexicano que no sería del caso y que no harían sino dificultar a la objetividad. Confieso que sería difícil determinar si admiro más a Cortés o a los héroes que defendían su patria contra el invasor. Pero no hay duda de que las únicas figuras grotescas que hay en la obra son Diego Velázquez el adelantado y Pánfilo de Narváez, capitán, españoles ambos de mala casta merecedores de poco respeto.

Yo quiero a México, adoro su naturaleza, sus artes y sus ciencias, tengo entre sus hijos excelentes amigos y siento por el país una gratitud y cariño que no podrían ser mayores si hubiera nacido allí.⁹⁸

Y eso –me creo en la obligación de precisar– que las pasó bastante negras cuando estuvo en México recién llegado de España en 1939. Pero él sabe que sólo fue una circunstancia política adversa, por lo tanto efímera, coyuntural, sin importancia. Si no hubiese sido el presidente de la nación Lázaro Cárdenas –tan generoso por otra parte con los refugiados españoles– lo más probable es que Sender se hubiese quedado en México más tiempo, si no ya para siempre. Pero a Cárdenas alguna alma piadosa debió de decirle que Sender se había vuelto anticomunista...

⁹⁷ André MALRAUX, *Saturne*, París, N. R. F., 1950. La traducción es nuestra.

⁹⁸ Ramón J. SENDER, «Nota preliminar del autor», *Jubileo en el zócalo*, Barcelona, Ed. Aymá, 1966, p. 10.

y se le torció el destino a nuestro escritor, quien ya en su juventud dedicó muchas páginas al problema religioso en México desde un ángulo laico. Pero la suerte da muchos tumbos.

Y rematamos con otra muestra de su «panfilismo», que dice él mismo. Me refiero a unas frases que he espigado sobre Cataluña, nuestra vecina y más de una vez concitadora de división de opiniones. Cuenta Sender:

Yo le hablé de los catalanes famosos o simplemente conocidos a quienes había tratado en el exilio y, antes que nadie, de Pablo Casals, como se puede suponer.

Es usual entre cierta gente considerar a Cataluña como una región mercantilista y materialista. Nada más lejos de la verdad. A lo largo de la historia y en nuestros días, Cataluña ha dado pruebas de espíritu poético, artístico, musical, científico. En nuestros tiempos, cuatro grandes músicos españoles son catalanes: Pedrell, Albéniz, Granados, Casals. Y Falla tiene sangre catalana, por su madre. Si hablamos de pintura, la madre de Picasso era catalana también, y catalanes son Miró y Dalí, entre otros igualmente dignos de nota. Catalán era Viladrich, también.⁹⁹

En la literatura de Cataluña hay todavía más figuras de primera magnitud que en la música y en la pintura: Verdaguer, Guimerà, Rusiñol, Maragall,... Pero mucha gente sigue hablando de Cataluña como de una región donde el vulgar buen sentido [¿referencia al «seny»?] lo invade todo. Las injusticias mayores son expresadas a menudo con el lenguaje de la tontería.¹⁰⁰

Y siguen tres páginas glosando tan respetuosa como devotamente al maestro Pau Casals.

Creo que con este último rasgo acabamos de perfilar la actitud humana y de hombre tan culto como abierto de Sender; de un escritor completo por su vasta obra y superior por una buena veintena de obras maestras en su haber; pero además, de un intelectual de elevado compromiso espiritual insobornable en su recto sentir y en su bella y leal expresión literaria y humanista.

⁹⁹ Como no es muy conocido, diré que Miguel Viladrich fue un pintor nacido en 1887 en Almatret, provincia de Lérida, y que fue a morir a Buenos Aires en 1956. Gran pintor realista, hay unos frescos suyos en el primer rellano del edificio del Ayuntamiento de Barcelona. Formó parte de un grupo de intelectuales, artistas y escritores, que se reunían en el castillo de su propiedad en Fraga y que en la obra de Sender aparece reiteradamente como el castillo de Urganda la Desconocida. Por los años 20 se forjó en torno a este castillo la campaña electoral para promocionar al gran novelista español Pío Baroja en su empeño de ganarse un acta de diputado por Fraga, campaña que fracasó estrepitosamente –como era de esperar– para alegría de todos los amigos y seguramente del propio Baroja más que ningún otro. De aquel grupo formaban parte, además de don Pío: el célebre caricaturista político Bagaría, el escritor Felipe Alaiz, el político y fundador del Bloc Obrer i Camperol y del mucho más famoso P.O.U.M. Joaquín Maurín, el escultor Julio Antonio, etc.

¹⁰⁰ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, op. cit., p. 340.

DE SU VIDA Y DE SÍ MISMO

Yo me asomé por primera vez a la literatura representando en la escuela una obra de Calderón cuando tenía once años. Todavía recuerdo de memoria el papel entero de Segismundo.

El otro día lo recitaba en la cocina frente a un ama de llaves atenta y perpleja, y al final de una larga tirada en las octavas que comienzan: «Apurar, cielos, pretendo...», el ama se santiguó y dijo:

–¡Jesús me valga, qué memorión!¹⁰¹

Conociendo la vastedad y prolijidad de su obra, nadie se sorprende por descubrir que Sender tenía una memoria de elefante. Un poco sí cuando nos damos cuenta de que está contando una escena en presente y lo hace cerca de los ochenta años. Hay más datos sobre el particular en *Crónica del alba*, empezando por su relación con los maestros y el profesor particular, mosén Joaquín, pero para el caso bastará una cita de *Los cinco libros de Ariadna*:

Como cada español yo he tenido mis aventuras. Los riesgos han sido muchos, pero me ha ayudado hasta hoy el repertorio de los valores más simples y primarios de la gente de mi tierra. No del español de la urbe (repito que una de las cosas que no puedo ser es un burgués y no lo siento) sino tal vez del campesino de las tribus del norte del Ebro en la parte alta de Aragón. No lo digo con romanticismo, aunque los iberos, por la lejanía y el misterio, podrían ser un mito poético, sino con un modesto deseo de exactitud. Si los lectores conocieran a los supervivientes de esas tribus conservados feliz o desgraciadamente en su pureza original verían que no tengo intención suntuaria como el gran don Ramón cuando hablaba de los celtas y el malpocado Baroja cuando escribe de los vascos por muy bien que lo haga (eso, es otra cosa). Mis ilergetes tienen de la nobleza un sentido cavernícola que es compatible, naturalmente, con cierta complejidad y con el deseo de lo sublime. Quiero decir que soy probablemente algo de eso: un ibero rezagado. El serlo no representa mengua ni privilegio. Es así, no hay quien lo remedie y a mí no me parece mal. Otros son gallegos. O gaditanos.

A veces tengo la impresión de haber traicionado a mi gente y eso es un motivo de contrición. Mi abuelo, que era uno de esos iberos ilergetes, me llamó un día a su cuarto (él tenía 97 años y yo 23) y me dijo muy preocupado: «¿Es verdad que escribes en los papeles? ¿Sí? ¿Y qué escribes?» Dije que escribía las cosas que pensaba. Él no lo creía. «Nadie escribe las cosas que piensa, sino las que quiere hacer pensar a los demás. Y es natural –añadía– porque escribir lo que uno piensa es una gran imprudencia». Aunque yo insistía en que cuando escribía para el público era sincero, mi abuelo no me escuchaba.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 33.

Consideraba esa sinceridad imposible. A fuerza de acumular argumentos llegué medio a convencerle, pero entonces dijo: «Si escribes lo que piensas, haces que la gente se fije en ti sin necesidad y eso es una tontería». Según él, en la vida puede uno decir lo que piensa solamente a una o dos personas, a la esposa o al hijo si está uno seguro de que lo merecen, lo que no es nada frecuente.

Yo le dije que la gente de su tiempo tenía miedo del aire libre y nosotros no. Esto es verdad. Aunque el aire libre nos mate no tenemos miedo. Vivimos con las puertas y las ventanas abiertas.

Pero tal vez en el fondo mi abuelo tenía razón y escribiendo he traicionado a mis iberos y lo he pagado perdiendo las orillas del Segre y sus chopos y sus olivos. En todo caso, escribiendo lo que pienso y lo que quiero que piensen los demás no llegaré a los noventa y siete años, como mi abuelo, con la espina dorsal erguida y los ojos tranquilos. Tengo la ambición de escribir algo un día –en la medida de mis fuerzas modestas– sobre mis ilergetes y ojalá pueda compensar lo que habrá de traición en este hecho con la sinceridad y la honestidad de las revelaciones y hasta posiblemente con un poco de su grandeza natural. Soy uno de ellos.¹⁰²

La primera parte de esta cita nos ilustra sobre la sindéresis del campesino aragonés, muy vulnerada por el escarmiento e inhibida por la tremenda suspicacia que requiere a ojos vistas la supervivencia. «No me fío ni de la mitad de la cuadrilla» –afirman que decía un barquero en compañía de su padre–. En este caso se añade la desconfianza absoluta en lo escrito, primero por lo muy agorero que es todo lo que llega escrito a la casa del labriego (o impuestos o recargos, cuando no embargos o multas) y por la mala fama de los «papeles» de embusteros, sobre todo los oficiales («más embustero que la Gaceta»). Más la nota añadida de sagrada intimidad conferida al pensar, de propiedad cercada y de «pañó en el arca» que no se vende a cualquiera.

La segunda parte tiene ese momento que siempre me ha parecido una alusión a la novela *Bizancio*, en la que tiene un indiscutible protagonismo el almogávar y en especial el almogávar ilergete (la primera edición de *Los cinco libros de Ariadna* que manejamos aparece en 1947 y la primera de *Bizancio* en 1956). Pues si a eso se refiere, no tenía ni asomos del logro que iba a conseguir con ese libro que considero sin igual epopeya, preciosa novela mágico-bizantina y penetrante cuadro de parangones étnicos y culturales tan aleccionador como cautivante.

Vamos ahora a Huesca, la ciudad mudéjar:

Vivía yo entonces en el número 13 de la calle de Sancho Abarca, en un alto edificio mudéjar coronado de galería árabe que había formado parte de

¹⁰² Ramón J. SENDER, *Los cinco libros de Ariadna*, op. cit., pp. IX-X.

los palacios de veras regios de Lastanosa. En la planta baja había un vasto salón donde en el siglo XVII se reunía la academia de la que formaban parte Lastanosa, Gracián, Salinas y otros ciudadanos no menos notables. Cuando yo vivía con mi familia en aquella casa, el salón lo ocupaba una sociedad juvenil de gente modesta que organizaba fiestas y daba bailes.

En el cuarto que hace esquina (piso principal) y que tiene un gran balcón al norte, por el que se ve el Salto de Roldán y otro al oeste, allí murió mi madre el día de Viernes Santo de 1926.¹⁰³

Eso es todo. Increíble. Cualquiera diría que a Sender le era su madre indiferente, cuando se respira en toda su obra un fondo de amor a doña Andrea inconfundible e indispensable. Siempre se ha mostrado muy parco en hacer de su familia un tema, ni siquiera en sus obras más autobiográficas (como en *Crónica del alba*, *Los cinco libros de Ariadna* o *Monte Odina*). Pero para su madre ha sido parco en extremo. ¿Será por reverencia suma como el mandamiento de no pronunciar el nombre de Dios en vano? Yo siempre he pensado que es, precisamente, la madre la fuente de inspiración que le ha llevado a Sender a crear tanto personaje femenino encantador de amor puro y de carácter fuerte, pero fuerte justamente por su suavidad y ternura, haciendo verdad una vez más mi tesis vital de que las fuerzas más suaves son las que tienen la última palabra.

A propósito de estas mujeres, en cada una de las cuales hace que juegue un componente de amor y carácter con predominio de lo primero o lo segundo y al revés, se ha apuntado que están selladas además por cierta resignación fatalista. Y me figuro que ese juicio proviene de una actitud de entrega que puede inclinar a verla como de servidumbre cuando lo es de amor. Ni la acuamarina Star, ni la gracia fluvial de Milagritos, ni la Niña Lucha de mirra la vestal, ni la Valentina proteica omnivalente, ni Eva la primera y última de las hembras, ni la imago condesa en Rómulo hecha reina, ni la Amparo en Ariadna a merced del Minotauro, ni la sutil princesa María entre las fieras, ni la Elvira azucena aplastada entre poderes, ni la Santa Teresa en arrobos, pero con la muela del juicio, ni la enorme y numinosa Elizaveta, lugar geométrico de alturas de magia y honduras sin fondo, se definen por tesis fatalistas ni servidumbres conformadas. Muy al contrario, han estado todas en su sitio arrojando su destino en lucha sin cuartel y defendiendo su puesto sin tregua. No es un machista el que las ha creado, aunque pueda serlo en privado el autor, pero para un escritor lo privado no cuenta. Por eso es Sender tan refractario a hablar de los suyos.

No obstante, alguna vez los menciona, como vamos a ver enseguida con unas citas:

¹⁰³ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, op. cit., p. 67.

Siempre he gozado de alguna forma de soledad después de la muerte trágica de Amparo, la madre de mis hijos, de la que no suelo hablar porque no quiero vender mi dolor poniéndolo en los libros que tienen precio.

Eso cualquiera lo puede comprender. Digo, cualquier español.¹⁰⁴

Ingeniosa salida, que encierra un parallogismo, porque el hecho de que los libros se vendan no puede trasladarse impunemente al hecho de que la intimidad sea venal. ¿Por qué habría de sentir como que se vende un escritor por dar rienda suelta a sus sentimientos en su obra? ¿Por qué ha de venderse el artista por el hecho de que revele sus sentimientos o exprese su dolor más íntimo? En otro lugar escribe que no le gusta hablar de su familia. Muy bien. Si escribe novela, no tiene por qué dejar entrar en ella y en directo su vida personal, íntima o no. A semejante pudor se refiere cuando nos toma por testigos-cómplices a los españoles, que tenemos fama de soberbios muy recatados. Y no digamos los aragoneses...

Será por este velo de duda que se alza sobre este asunto por lo que Sender, en el mismo libro que venimos citando tantas veces y que no es novela más que a ratos, *Monte Odina*, vuelve a la carga sobre la tragedia de su Amparo y vuelve también a escamotearnos bastante el relato con un subterfugio similar:

Luego ya se sabe lo que sucedió.

Yo tuve víctimas en mi propia familia que dejaron cicatrices imborrables en mi corazón y en mi atormentada alma.

Prefiero no volver a hablar de ellas. Todo el mundo las sabe. Y hay, como he dicho otras veces, el pudor masculino de la tragedia. De la tragedia de uno que ha sido la de España entera.¹⁰⁵

Y eso que tres páginas más arriba promete contar su tragedia inserta en la de todos los españoles. Hay, incluso, cuatro líneas que plantean el nudo de la tragedia tan expresamente como lo que sigue:

La protagonista [de su tragedia] fue nada menos que mi pobre esposa Amparo asesinada en Zamora por los fascistas cuando trataba de pasar a Portugal para ir a Francia a reunirse conmigo según habíamos acordado.¹⁰⁶

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 350.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 367.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 364.

C'est tout! Nos quedamos *in albis*, porque uno espera otras revelaciones que las sabidas por todo el mundo de un novelista cuyas azarosas vicisitudes han dado pábulo a toda suerte de conjeturas, muchas de ellas con más o menos mala uva.

Pero ya que estamos mencionando repetidas veces la «tragedia española» (así se titulan algunos libros de memorias de nuestra guerra civil escritos por autores extranjeros de las Brigadas Internacionales, como el holandés Jef Last), me place consignar una frase estratégica sobre nuestra guerra escrita por Sender *a posteriori*, que dice así:

La obsesión de encuadrar al pueblo armado en una fuerte disciplina de dirección soviética con el pretexto de una ayuda militar que no llegó nunca a ser efectiva acabó con las últimas ilusiones del pueblo español y con sus últimas y precarias libertades después de tres años de heroica defensa.¹⁰⁷

Coincide este pensamiento completamente con la tesis defendida en nuestro artículo «Zaragoza y Ascaso, dos pérdidas: la pérdida»,¹⁰⁸ en el que lamento que la República española se hubiera dejado llevar al terreno más desfavorecido para nuestro pueblo y el más favorable para nuestro enemigo, el ejército regular, con sus frentes establecidos y toda la maquinaria militar con su código castrense, en vez de haber optado por lo más idóneo al pueblo español, la guerra de guerrillas, invento español, precisamente, del que se han aprovechado tantos movimientos insurreccionales con tanto éxito, como es el caso del Vietnam... ¡Y pensar que fueron los comunistas los que hicieron inclinar la balanza en favor del ejército regular contra las guerrillas que en tantas ocasiones los mismos comunistas de otros países han patrocinado (Ho-Chi-Min, Che Guevara...)!

Siguen las confidencias sobre sus tragedias. «Don Francisco muñó, como ya sabes. Papá tuvo un disgusto tremendo y yo lloré un poco. No mucho. Teníamos tragedias más cercanas» –le escribe su hermana Carmen a raíz de un artículo suyo en *Heraldo de Aragón* sobre *Monte Odina*–. Y comenta seguidamente el mismo Sender: «Es verdad. Casi al mismo tiempo asesinaron los fascistas en Huesca a mi buen hermano Manuel por el "delito" de ser alcalde republicano. A mi esposa la mataron en Zamora, como he dicho en otra ocasión. Los fascistas, claro. Entretanto, a mí en Madrid me buscaban la vuelta los comunistas de Stalin... En Huesca se arrepentían de haber matado a mi hermano. Un poco tarde. Y solían decir: "Siquiera, si hubiese sido Ramón..." Sí, habría sido más razonable. Mi hermano era incapaz de odiar a nadie. Yo, en cambio, no quería a nadie en Huesca fuera de las dos o tres novias adolescentes que tuve y que eran de veras bonitas».¹⁰⁹

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 367.

¹⁰⁸ Publicado en la revista *Polémica*, 22-24 (1986).

¹⁰⁹ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, *op. cit.*, p. 29.

En la primera edición de *El rey y la reina* hallamos este epígrafe a modo de dedicatoria:

En el invierno de 1936 [sic] mi hermano Manuel y yo estábamos cazando jabalíes en la Sierra de Guara (Aragón). Íbamos a caballo y hablábamos de política. «Si los fascistas se sublevan y triunfan –me dijo– me fusilarán a mí antes que a ti». Lo dijo sonriendo, como se suelen decir las cosas demasiado serias.

Poco después la guerra civil comenzó y los fascistas se apoderaron de la ciudad de Huesca, donde mi hermano era alcalde. Dos policías fueron a su casa y le dijeron: «Tenemos orden de detenerle. Márchese y diremos que no lo hemos encontrado».

Mi hermano contestó: «No hay razón ninguna para que yo me marche. Nadie puede acusarme de nada. Deténganme si quieren».

Tenía el coche lleno de gasolina a la puerta de su casa, la frontera francesa a cincuenta millas y al otro lado de la frontera un hogar confortable donde Francis Jammes, el viejo poeta, le hablaba a veces a él y a su joven esposa de las dulzuras de la paz cristiana. Mi hermano creyó que era más noble quedarse y dar cara al peligro con su tranquila sonrisa de hombre honrado. Fue fusilado sin proceso y sin acusación concreta una semana después. Le dedico esta narración humilde y fervorosamente.¹¹⁰

Pero aún hay más escritura de Ramón sobre su hermano Manuel. Y creo que es en *Monte Odina* donde más que en ninguna otra parte habla de él:

Ha llegado una mujer pariente mía de Huesca que me ha hablado de la trágica muerte de mi hermano Manuel bajo las balas fascistas.

Fue en 1936, pero parece ayer.

No sé qué me pasa, pero cuando un hecho sacude profundamente mi vida, hay una especie de inhibición intelectual que hace difícil escribir sobre él. Por ejemplo, la muerte de mi hermano Manuel, que era y es en mi recuerdo el hombre más noble y puro que he conocido en mi vida. Sólo he podido escribir lo que sigue:¹¹¹

Y, en efecto, sigue un poema de 72 versos, nada menos, repartido en cinco estrofas de once y otras cinco de tres versos, excepto la última, que es de cuatro. La poesía de Sender siempre me deja perplejo, porque me parece un esfuerzo por su parte bastante baldío. Repito aquí lo que ya he dicho en otras ocasiones: que

¹¹⁰ Ramón J. SENDER, *El rey y la reina*, Buenos Aires, Ed. Jackson, 1949, p. 1. Este prólogo desaparece en la segunda edición (Destino, 1972) y sólo queda esta dedicatoria: «Al recuerdo de mi hermano Manuel, fervorosamente».

¹¹¹ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, op. cit., p. 206.

encuentro mucha más poesía en su prosa novelística que en sus versos. De todos modos, para el interesado en la poesía de Sender le remito al estudio de nuestro primer compilador de poesía española y prominente crítico de nuestra lírica José Manuel Bleuca.¹¹² Sólo una pequeña apostilla sobre el particular. Bien que lo sintió toda su vida, que no se le apreciara la poesía (y con esta constatación entra en materia el profesor Bleuca), porque estoy seguro de que habría preferido mil veces más quedar en nuestra memoria literaria como poeta que como prosista. No desperdicia ocasión para hablar de su poesía y de su manera de escribir «sub specie poetica». Y esto es verdad. Mucho más que lo de que sea poesía su verso. Me figuro que ponía tanto empeño que por fuerza había de salirle el pie forzado. La verdad es que ha escrito mucha poesía –*Las imágenes migratorias*,¹¹³ *Sonetos y epigramas*¹¹⁴ y el voluminoso poemario *Libro armilar de poesía y memorias bisiestas*–¹¹⁵ y que por su léxico y su muchedumbre de fórmulas literarias acertadas como ideas y ensoñaciones metafóricas vale la pena leer, pero por esto más que nada, por su valor filosófico, sicológico, ético y hasta histórico, aparte del rico tesoro lingüístico y la vasta cultura expuesta en tantos centenares de versos... Pero no por su valor lírico manante, no por sus aciertos metafóricos de esos que detienen el alentar del lector; no, lo siento infinito.

Y continúa Sender después del poema:

Fue tan noble el destino de mi hermano que cualquier cosa que escriba sobre él lo empequeñece. Pero es difícil callar.

Mi hermano y yo tuvimos siempre rivalidades inocentes: nos medíamos en el muro, corríamos en la playa a ver quién llegaba antes, a falta de otra cosa conteníamos el aliento para ver quién resistía más. Pero, de pronto, me ganó de una vez, y para siempre, por un milagro parecido al de los mártires antiguos.

Cuando supe su muerte, tuve una serie de reacciones raras. La primera no de dolor, sino de sorpresa, de deslumbramiento y como de envidia. No había muerto, sino que se había ido por una puerta gloriosa a un lugar a donde yo no podía seguirle. El dolor vino más tarde. [...]

Mi hermano era el único de veras razonable entre los hermanos. El único que no había escapado nunca de casa. Un día se lo dije y él me respondió con una gran inocencia de hombre rubio: «No sé si sabrás que más de una vez tuve la mano en la cerradura de la puerta».

112 José Manuel BLEUCA TEIJEIRO, «La poesía de Ramón J. Sender», en *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica* (ed. al cuidado de José-Carlos MAINER), Zaragoza, Diputación General de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza, Inst. «Fernando el Católico» y Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1983, pp. 479-494.

113 México, Atenea, 1960.

114 Colec. «Poemas», Zaragoza, 1964.

115 México, Aguilar, 1974.

Pero no se fue. Se fue más tarde por la puerta sin nombre, para no volver.

Pensando en él me siento a veces un gusano por el simple hecho de vivir todavía. De no haber ido con él. De no estar ahora con él, en nuestro antiguo juego de rivalidades.¹¹⁶

Sigue un soneto bien medido y rimado en consonantes como don Lope manda. Y prosigue Sender para acabar sobre su hermano:

A él lo mataron los llamados fascistas por el simple y noble hecho de haber sido elegido democráticamente alcalde de Huesca. [...]

A mí no me han matado todavía, ni a ti, lector amigo. Pero como verdaderos españoles no debemos confiar demasiado.¹¹⁷

Viene ahora un lance amoroso que describe así:

Iba con una hermana de un amigo mío que lindaba en los cuarenta y con otras personas de su familia y de la mía. Aquella mujer, a pesar de sus años, conservaba la frescura juvenil, era bastante pegada a la tradición conservadora pequeño-burguesa y llevaba trazas de quedarse soltera. Yo era un poco más joven e hicimos algunas picardías a campo abierto, bajo el cielo azul, recatados entre rocas y arbustos. Creía haberme conducido mal con ella (es decir, de un modo incorrecto y libertino) cuando supe que había dicho a una amiga nuestra de Segovia y después a una de mis hermanas:

—Este verano he tenido yo mi verdadera gloria. Ya no me importaría morirme porque he tenido más que muchas mujeres en el mundo.¹¹⁸

Aunque, como se ve, aprovecha toda ocasión para dárseles de bienamado de las mujeres —cuantas más, mejor, poco menos que como un conquistador de oficio o un donjuán de ocasión—, tampoco pierde oportunidades para rendir homenaje a la mujer, y no sólo en sus novelas, puesto que aquí mismo, hablando de sí, confiesa:

Las hembras son seres extraños y encantadores. Uno se acerca a ellas con hambre (un hambre ocasional y transitoria) y ellas entienden esa hambre que a mí me parece viciosa y fraudulenta como un homenaje. Un motivo de gloria que justifica su existencia. ¿Cabe una humildad más encantadora?¹¹⁹

Me sirvo a continuación de una cita para reforzar desde el mismo Sender una idea que expongo en mi «Introducción» a la edición crítica de *Imán* ya citada y que luego voy a comentar:

¹¹⁶ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, op. cit., pp. 208-209.

¹¹⁷ *Ibidem*, pp. 209-210.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 73.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 73.

Aquel día hubo una tormenta con una buena «rugiada» –así decía la doncella– de agua. [...]

La tormenta, sin embargo, no fue gran cosa.

Las había conocido yo mucho más espectaculares y memorables. Las más dramáticamente hermosas que he visto en mi vida son las de Alcolea de Cinca. Ni las de las turbulentas Antillas, ni las del frígido Canadá, ni las de los Estados Unidos o México o Perú pueden compararse.

Las de Alcolea producen unas exhalaciones con estampidos de distintas categorías, largos y cambiantes. A veces parece que arrojan desde lo alto de las ripas centenares de toneles vacíos de diferentes tamaños que bajan trompicando. Otras los sonidos son secos y graneados ascendentes o descendentes, como los de una enorme matraca.

Las nubes, cargadas de electricidad, quieren pasar las ripas, la ribera feraz, el río caudaloso y llegar a Albalate, pero a veces las corrientes de viento cambian y las nubes regresan sobre Alcolea. Entonces es cuando la tormenta alcanza su clímax y el dramatismo es tal que pone a grandes y chicos los pelos de punta.

La abuela se pone a rezar el trisagio y la acompañan todos los hijos y nietos, de rodillas. Fuera de la casa parece que va a acabarse el mundo y cada vez las nubes son más espesas y menos dispuestas a deshacerse en lluvia. Los rayos no caen en las ripas, sino en la tierra baja, tal vez en algún solaran levantado o en el campanario de la iglesia, pero su repercusión en las ripas es larga y gradualmente creciente.

Tal vez exagero, porque cuando yo presenciaba esas tormentas no tenía más de siete años de edad y claro es que el efecto en mis nervios infantiles era mayor de lo que sería ahora, pero recuerdo a las personas adultas igualmente alarmadas y temerosas.¹²⁰

Lo que yo quería decir es que estas vivencias de los primeros ocho años de su vida no las evoca en sus libros más autobiográficos, porque en *Crónica del alba* el relato empieza en Tauste, donde vivía Valentina; pero es bien sabido que los primeros años de nuestra vida son los que más nos marcan en profundidad y con efectos retroactivos. No hay duda, pues, de que hechos y anécdotas como lo que acaba de contar, entre mil más que no ha recordado o querido recordar por escrito, debieron forzosamente de influir en sus querencias vitales más hondas: las ripas, el río, la huerta, los abuelos, los padres, los amigos y hermanos...¹²¹

Una muestra más de su sexualismo (sin llegar a la erotomanía o a la rijosidad, creemos):

¹²⁰ *Ibidem*, pp. 87-88.

¹²¹ *Ibidem*, pp. 2-4.

Aunque aquella mujercita me gustaba terriblemente yo dejé pasar la ocasión como un pánfilo. Es verdad que todavía no conocía la mujer [tenía 14 años] y no me consideraba merecedor de tantas glorias.

Otras veces por esa misma razón perdí oportunidades espléndidas, aunque en el vasto panorama de mi vida y de mis deseos eróticos no tengo motivo alguno para quejarme. Ni para alardear, claro.¹²²

¿Falsa modestia, esto último? Porque no faltan expresiones de semejante alardear en no pocas de sus cartas y confesiones espontáneas en interviús.

Pero también sabe ser sangrante con el arma blanca y pérfida más terrible, la del desprecio:

Más tarde había de conocer «amigos» que representarían todas las clases y niveles de la miseria moral, aunque los tuve también (al menos dos de ellos) de una nobleza y honestidad perfectas.

Pero lo más frecuente era el envidioso con el aguijón envenenado. Memos escrofulosos. Se reunían en enjambres porque Dios los cría y ellos se juntan.

¿Envidiosos? ¿De qué? Eran mezquinos hasta en eso, es decir, en la manera de elegir el objeto de la envidia, ya que yo no fui nunca el modelo del triunfador ni pretendí pasar por nada parecido. Decía lo que pensaba lo mejor posible y cuando creía haberlo conseguido dormía en la noche un poco mejor.

Y me sentía a gusto dentro de mi piel. Eso era lo que los traía a ellos locos.

Pero era todo. Los otros recurrían a la calumnia para molestarme y al darse cuenta de que yo no me daba por aludido se ponían furiosos. Ingresaban en partidos políticos que me consideraban su enemigo sólo por hallar algún camino inédito para el envilecimiento, pero perdían el tiempo, ya que ellos por sí mismos eran incapaces de hacerse notar favorablemente. Sus productos de arte eran pobres buñuelos que se desintegraban solos. Miseria, miseria y memez. Sangre infecta y «muladara chacra», que dirían los hindúes: *Muladara chacra*. En sánscrito.¹²³

Tras la evocación del castillo de Loarre, del que tanto ha hablado enfervorecido Sender, hay como una reacción en cadena de emociones y expansiones afectivo-imaginativas que creo vale la pena reproducir por ser una antológica *tirade* muy senderiana:

122 *Ibidem*, pp. 100-101.

123 *Ibidem*, pp. 156-157.

El primer castillo de España en importancia es aragonés y en su historia aparecen parientes míos. Mendigos o duques, ¿qué importa? También era pariente mío Miguel Servet. Todos somos parientes en Aragón. [...]

Como la gente que habitaba aquellas rocas labradas, yo siento mi presencia en el mundo sin acabar de hallar tal vez justificación alguna. Como ellos, también soy capaz de violencia y de vaga e indefinida justicia. Como ellos, sé que soy pariente de los lagartos y otras alimañas salidas de la mar con una espina vertebrada. Y dentro de mi sangre siento de vez en cuando el aliento de los dinosaurios feroces y de las mansas ballenas, mis hermanos. En las sombras de Loarre y en Sigena y en Casbas y en Castelflorite he tenido parientes monjas y probablemente parientes pajes y frailes y alguna que otra puta -cava-, que de todo hay en la viña del Señor. Y de aquellas lejanías me llegan brisas frías, tibias, calientes, huracanadas, según los días o las noches. Sobre todo las noches. Mis noches *interiores* de emigrado trotamundos obligado a cruzar ríos y pasar y repasar fronteras para evitar a mis hijos la saña de los verdugos que asesinaron a su madre lejos de mí y en tierras a donde mi brazo no llegaba.

De Loarre me llegan todavía voces lejanas que me sostienen en las encrucijadas del mundo cuando a veces creo que no vale la pena seguir en la brecha, cuando oigo gruñir a la estupidez carpetovetónica, cuando tengo deseos de poner en evidencia escandalosa al prevaricador, al lego pedante, a la vieja manceba y al mariquita de las literaturas menores -siempre son o parecen maricas-, cuando me veo al borde del abismo y retrocedo un paso para evitar el vértigo, cuando me acuerdo de las mocicas aguadoras de Fraga que tan bien pintaba Viladrich y trato de imaginar sus pechos románicos, cuando siento la nostalgia del que querría ser y no he sido, cuando oigo voces en la noche y creo que son del otro lado de la vida, cuando me halagan los latines de las bodas mortales de Ávila, cuando saboreo la letanía como un poema modernista, cuando averiguo los quilates de religiosidad genuina que hay en cada blasfemia, cuando me arrepiento de ser honrado, cuando me duelo de la sangre no vertida, cuando vuelvo atrás en mi recuerdo y me veo a mí mismo en los años mozos, jaque, nocturno y avisgado, cuando oigo en las alturas el graznido de las ocas silvestres (que siguen como bandadas de ángeles emigrando a alguna parte), cuando me hiego a mí mismo en mi amor propio y pienso que sería mejor herirme en el corazón, cuando creo que no creo en nada (pero es porque creo en todo de un modo turbulento y veo que mi falta ocasional de fe es milagrosa), cuando me arrepiento de haber hecho alguna vez el amor sin amor, cuando querría decirle a Dios algo que no ha oído todavía de los hombres, cuando se arremolinan en mi sangre los mares de las navegaciones primitivas, cuando llueve fuera de mí un agua lustral y dentro de mí el fuego de Pentecostés, en todos esos casos y en muchos más siento en mi frente, en mis labios y sobre mi pecho el hálito negro y húmedo

de los subterráneos de Loarre. De esas sombras han de nacer las de mi muerte, para que sea una muerte genuina y no de las funerarias y los *mortuary homes* de otras tierras.¹²³

Y he aquí ahora una sorpresa de antropología *versus* zoología que, como ocurrencia de alcance, vale la pena recoger también:

La única diferencia que veo yo entre los animales y nosotros en cuanto a la conducta exterior está en nuestra noble actitud de reunirnos y ponernos espontáneamente y gustosa y desinteresadamente de acuerdo en grandes masas para –no es broma– cantar a coro. Es también la emoción más profunda y «trascendente» que he recibido en mi vida, porque en ella se confunden la naturaleza, Dios y mi gustosa perplejidad¹²⁴ de hijo predilecto de Dios –mi padre– y la naturaleza –mi madre–. No hay emoción ninguna comparable a ésta y la espontaneidad de esa tendencia humana a cantar en coro me hace tener alguna esperanza en el futuro de la humanidad, ya que en las demás actividades domina el egoísmo individualista, la vanidad, la codicia y la violencia, es decir, la incapacidad para actuar armoniosamente en grupo. La emoción de los coros vocales en masa es la más fuerte que he recibido en mi vida, lo mismo en la Capilla Sixtina de Roma que con los Cosacos del Don o en las fiestas de Santiago, en Galicia, bajo el signo de Géminis.¹²⁵

Sigue una confesión de carácter general:

Yo no me he considerado un hombre simpático. Tampoco me interesa mucho la simpatía palabrera o gesticulante de los demás. Pérez de Ayala me dijo un día, sonriendo con mala sangre, que yo no era simpático. Y lo decía él, que venía a ser el típico *cenizo* andaluz, aunque fuera asturiano.¹²⁶

Le ha acompañado mucho a Sender esa fama de antipático entre los hombres de algún modo activos en el cotarro literario. Por lo que me han contado sus colegas universitarios y no pocos intelectuales que le frecuentaron en vida, parece probado que no era de trato fácil, y me lo hago muy capaz de soltarle a cualquiera un desplante o de contestar con alguna brusquedad y más o menos expeditivamente. Sin habernos visto nunca, puedo imaginarme esas posibles intemperancias

123 *Ibidem*, pp. 162-163.

124 Véase cómo es este concepto clave para la hermenéutica senderiana, en el artículo «Bajo el signo de la perplejidad: *El verdugo afable*», que firma J. BARREIRO en este mismo volumen, pp. 59-68.

125 Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, *op. cit.*, p. 174.

126 *Ibidem*, pp. 364-365.

tan sólo por sus cartas (que no han sido pocas); no contra mí (siempre me ha tratado con deferencia al principio, luego con aprecio y hasta con cariño después), sino descargando contra otros (a quienes en algún caso había anteriormente alabado) así, de pronto, toda una andanada de descalificaciones definitivas como para quedarme turulato. Pero no son cosas éstas como para ponerles nombre, ¡ni pienso! Me figuro que los que más le encocoraban eran los hipócritas y los amanerados pedantes *pijaitos*, como decimos en Aragón: medio señoritos andaluces y medio *fatos* –otro aragonésismo por *fatuos*–. Es muy propio entre nosotros ese tipo humano exigente, primero consigo mismo y, luego, con los demás; hombre de palabra que por mantenerla es capaz de esforzarse hasta el sacrificio, con viva conciencia de sus responsabilidades e impaciente por entregarse a su mucho trabajo. Y que por todo eso no aguanta bla-bla-blás, triquiñuelas ni pamemas de los cursis o repipis. Pero no creo que Sender fuese de humor tan atrabiliario como dicen que lo era Juan Ramón Jiménez, por ejemplo. Se ha dicho que esa actitud en el trato de Sender era propia del aragonés. No me atrevería yo a adscribir a personas unos patrones de conducta regionales o étnicos, primero porque no se ha establecido científicamente cuáles sean esos *patterns* del comportamiento aragonés; y segundo, porque un *pattern* étnico no tiene por qué condicionar a uno de sus individuos que ha vivido más tiempo fuera que dentro del territorio de su tribu.

A este propósito me gustaría poner un ejemplo de mi experiencia personal, asociando la fama de mal genio de Sender con la de un amigo valenciano, aunque de madre vasca, que muchos intelectuales españoles contemporáneos de seguro conocen: José Martínez Guerricabeitia, fundador y director de «Éditions 'Ruedo Ibérico'», incluidos sus famosos *Cuadernos*, también fallecido, ¡ay! (y no es un *ay* retórico, como me llamo Francisco), el 12 de febrero de 1986. Pues bien, a Martínez, también llamado Pepe familiarmente como Sender, muchos le han tildado de superexigente y duro de trato. Puede ser, hay que saber calibrar las capas o niveles de intención relativa al tono de voz y al ritmo de dicción. Todo es cuestión de proporciones: un do de pecho puede ser tan cordial como un re menor y un empujoncito puede llevar tanta carga de afecto y hasta de ternura como un abrazo suave y delicado. Fue una verdadera lástima que algunos de sus colaboradores le guardaran un cierto resquemor por haber sido tratados en algún momento con brusquedad, sin tener en cuenta su excepcional inteligencia, su capacidad extraordinaria de trabajo y de entrega a su labor, dejándole muchos en la estacada cuando él y su empresa editorial volvieron a España. Hay obras que son infinitamente más importantes que unas pequeñas heridas de amor propio. Igual le ocurrió a Sender cuando volvió a España para curarse la nostalgia: muchos no vieron más que falta a su palabra empeñada en que no volvería antes de la muerte de Franco. Si no fuera demasiado largo, sobre todo tratándose de un asunto tan baladí, podría transcribir todas las frases escritas en cartas a mí dirigidas en las que se trasluce la

pequeña batalla interior antes de decidirse, lo que le costó tres o cuatro años de síes y noes... o más bien noes, hasta 1974, en que viaja a España por vez primera desde el exilio.¹²⁷

Dos citas ahora de dos momentos de su vida cimeros y acabaremos con una sentencia bastantes veces transcrita:

Mi libro *Imán* me situó frente al «establishment» para siempre. Antes ya, en 1927, había estado en la cárcel con motivo de la sublevación de los artilleros. [...]

El caso es que resuelta la crisis de los artilleros de un modo incruento, porque Primo de Rivera no era hombre sanguinario, yo quedé marcado –y fichado por la policía de la brigada social– como un tipo si no peligroso, al menos sospechoso de peligrosidad.¹²⁸

Pero la proclamación de la república nos cogió a todos de sorpresa, con excepción de los grupos más activos de la CNT que conspiraban día y noche y tenían contactos con algunos jefes militares. [...]

Los comunistas hicieron un diario de «frente popular» titulado *La Lucha*, que yo dirigía aunque no pertenecía al partido. [...]

No cobré nunca un céntimo por mi trabajo como no lo recibí de ninguna organización política dentro ni fuera de España. Me las compuse como pude con mis libros y tuve la suerte de que algunos se tradujeron y tuvieron éxito, como *Imán*, *Siete domingos rojos*, *Mr. Witt*... Con los derechos de autor de mi editor alemán viví más de dos años.¹²⁹

Pues sí, era tal la vigilancia de los cenetistas como sintiendo la inminencia de un acontecimiento muy infausto, que dos semanas antes de la sublevación militar se venía haciendo guardia nocturna en los ateneos libertarios y locales de la sindical confederal, a la espera del golpe militar. Y así, cuando irrumpieron en las calles de Barcelona los rebeldes del ejército para tomar la ciudad y entregarla a la sedición, se encontraron con centenares, y luego miles, de sindicalistas, los más con pañuelos rojinegros que, aun mal armados y peor adiestrados para la guerra y todo, no sólo le hicieron frente a ese ejército faccioso, sino que acabaron por derrotarlo.

En fin, ahí va la sentencia:

¹²⁷ Su segundo viaje lo emprende tal vez más que nada con la ilusión de su exposición de pinturas. Pero le hizo desistir sobre todo el desengaño de algunos colegas con alguno de los cuales tuvo alguna trifulca.

¹²⁸ Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, op. cit., p. 365.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 366.

La verdad es que en el tiempo en que yo nací una persona decente sólo podía ser anarquista en España. Nada nos era aceptable sino las chicas bonitas como parte del encanto de la naturaleza incontrolada e incontrolable.¹³⁰

Nos falta un ultimísimo rasgo caracterológico de los englobadores y definitivamente epifánicos. ¿No pertenecerá, Sender, a esa clase de hombres-niños, como algunos genios nos ejemplifican? Pienso en un Arcipreste de Hita, en un Rabelais, en un Ramón Llull, en un Cervantes, en un Góngora, en un Shakespeare, en un Molière, en un Braulio Foz o en un Picasso. Precisamente, mientras estaba escribiendo este trabajo, he recibido carta de una amiga profesora y, además de crítica literaria, una senderiana, de la que transcribo las dos últimas frases que retratan de cuerpo entero a nuestro admirado paisano. Es Julia Uceda la que me escribe lo siguiente y que viene como broche de oro:

Cuando estuve en Los Ángeles para conocerlo, me llevó al Pacífico y dijo: «Señor Pacífico, le presento a Julia Uceda». A mí Sender siempre me pareció un niño.¹³¹

¹³⁰ *Ibidem*, p. 425.

¹³¹ Julia UCEDA, «Carta a Francisco Carrasquer», 1991.